SAN BERNARDO DE CLARAVAL

Vida de san Malaquías

Vita S. Malachiae

SABBATISMUS

San Bernardo de Claraval (1090–1153)
Vita S. Malachiae · Vida de san Malaquías

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

PREFACIO AL ABAD CONGANO

1

Siempre ha valido la pena escribir las vidas ilustres de los santos, para que sirvan de espejo y de ejemplo, y como de condimento a la vida de los hombres sobre la tierra. Pues por este medio viven en cierto modo entre nosotros aun después de la muerte, y a muchos de los que, vivos, están muertos, los provocan y los vuelven a llamar a la vida verdadera. Pero ahora lo exige sobre todo la escasez de santidad, y nuestra época, a todas luces pobre de hombres. Sentimos, en verdad, que esta pobreza ha prevalecido tanto sobre nosotros, que nadie puede dudar que nos alcanza aquella sentencia: Por abundar la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mt 24,12). Y, según sospecho, o está ya presente o está cerca aquel de quien está escrito: Delante de su rostro va la penuria (Job 41,14). Si no me engaño, ese es el Anticristo, a quien el hambre y la esterilidad de todo bien preceden y acompañan. Ya sea, pues, mensajera del que ya está presente, ya precursora del que está a punto de llegar, la penuria salta a la vista. Callo al vulgo, callo la vil muchedumbre de los hijos de este siglo: quiero que alces los ojos a las columnas mismas de la Iglesia. ¿A quién me mostrarás, aun del número de aquellos que parecen dados como luz de las gentes, que desde lo alto no humee más bien que arda? Si la luz que hay en ti, dice, es tinieblas, ¡cuán grandes serán las tinieblas! (Mt 6,23). A no ser que digas tal vez (cosa que no creo) que alumbran aquellos que tienen la piedad por ga-

nancia; que en la heredad del Señor buscan no lo que es del Señor, sino más bien lo suyo. ¿Qué digo, lo suyo? Téngase por perfecto y santo aun al que busca lo suyo y retiene lo suyo, con tal que aparte su corazón y sus manos de lo ajeno. Recuerde, sin embargo, quien acaso crea haber llegado hasta aquí, que ese mismo grado de santidad se exige también al pagano. ¿No se manda a los soldados contentarse con su paga para salvarse? (Lc 3,14) ¡Gran cosa, en verdad, para un doctor de la Iglesia, ser como uno de los soldados; o ciertamente (como dice el profeta para oprobio de ellos) que como el pueblo, así sea el sacerdote (Is 24,2)! ¡Oh deformidad! ¿Así que habrá de tenerse con razón por el más alto aquel que, cayendo del grado más alto, apenas se aferrará al más bajo para no ser tragado por el abismo? ¡Y aun este, qué raro es en el clero! ¿A quién me darás asimismo que se contente con lo necesario y desprecie lo superfluo? Y, sin embargo, los apóstoles dejaron establecida una ley para los sucesores de los apóstoles: Teniendo qué comer y con qué vestirnos, dicen, contentémonos con eso (1 Tim 6,8). ¿Dónde está este modelo? Lo vemos en los libros, pero no en los hombres. Pero del justo tienes dicho que la ley de su Dios está en su corazón (Sal 37,31), y no en un códice. Y ese no es todavía el grado de la perfección. El perfecto está dispuesto a carecer aun de lo necesario. Pero eso lo concedo de balde. ¡Ojalá se pusiera medida a lo superfluo! ¡Ojalá no codiciáramos sin fin! ¿Y qué? ¿Encontrarías acaso a quien pudiera siquiera esto? Difícil es, en verdad; pero mira a dónde hemos venido a parar.

Buscábamos un hombre excelente, libertador de muchos; y he aquí que nos cuesta encontrar uno que pueda salvarse a sí mismo. Hoy el mejor es el que no es demasiado malo.

2

Por eso, ya que ha desaparecido el santo de la tierra (Sal 12,2), me parece que no es superfluo traer de nuevo a nuestro medio, de entre los que fueron rescatados de la tierra (Ap 14,3), al obispo Malaquías, varón verdaderamente santo, y además de nuestros tiempos, de singular sabiduría y virtud. Era lámpara que arde y alumbra (Jn 5,35); y no se ha apagado, sino que ha sido retirada. ¿Quién podría con razón enojarse conmigo si vuelvo a acercarla? Más aún, no hay razón para que me sean ingratos los hombres de mi siglo, ni ninguna generación venidera, si con mi pluma hago volver a quien la condición humana se llevó; si devuelvo al mundo a aquel de quien el mundo no era digno (Heb 11,38); si conservo en la memoria de los hombres a un hombre cuya memoria sea bendición (Eclo 45,1) para todos los que se dignen leer; si, al despertar yo a un amigo dormido, se oye en nuestra tierra la voz de la tórtola (Cant 2,12), que dice: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mt 28,20). Además, está sepultado entre nosotros: a nosotros nos incumbe especialmente esta obra. ¿Y qué decir de que aquel santo me contaba entre sus amigos especiales, y en tal lugar, que creo no haber sido inferior a nadie en esta gloria? Ni carece de recompensa para mí la familiaridad

con tanta santidad: ya he recibido las primicias. Estaba en sus últimos momentos, mejor dicho, en sus comienzos, según aquello: Cuando el hombre ha terminado, entonces comienza (Eclo 18,7). Acudí yo, para que la bendición del moribundo viniera sobre mí (Job 29,13). Y él, aunque ya no podía mover los demás miembros, fuerte para dar la bendición, alzando sus santas manos sobre mi cabeza, me bendijo, y poseo la bendición en herencia (1 Pe 3,9): ¿cómo podría yo callar acerca de él? Por último, tú me lo encomiendas, abad Congano, reverendo hermano y dulce amigo mío, y contigo (según escribes desde Irlanda) toda esa vuestra iglesia de santos. Obedezco con gusto, sobre todo porque no me pedís elocuencia, sino una narración. Procuraré que sea pura y luminosa, que instruya a los devotos y no abrume a los delicados. En cuanto a la verdad de la narración, estoy tranquilo, pues me la habéis comunicado vosotros, que sin duda no atestiguáis otra cosa que lo que habéis comprobado con toda certeza.

I. NIÑEZ Y ADOLESCENCIA DE SAN MALAQUÍAS

1

Nuestro Malaquías nació en Irlanda, de un pueblo bárbaro; allí se crió, allí aprendió las letras. Pero de la barbarie de su nacimiento no sacó nada, como tampoco sacan nada los peces del mar de la sal materna. ¡Qué grato, en verdad, que una barbarie para nosotros tan inculta haya dado un conciudadano de los santos y familiar de

Dios (Ef 2,19) tan cultivado! El que saca miel de la peña y aceite de la roca durísima (Dt 32,13), ese lo hizo. Sus padres, sin embargo, fueron grandes en linaje y en poder, según el nombre de los grandes que hay en la tierra (2 Sam 7,9). Pero la madre, más noble de alma que de sangre, se afanaba, desde el mismo comienzo de sus caminos, por dar a conocer al pequeño los caminos de la vida, estimándolo para él en más que la ciencia hinchada de las letras profanas. Para lo uno y lo otro, con todo, no le faltó ingenio conforme a su edad. En la escuela se le enseñaban las letras; en casa, el temor del Señor; y con sus progresos diarios respondía cumplidamente a ambos, al maestro y a la madre. Desde el principio, en efecto, le había cabido en suerte un buen espíritu, por el cual era un niño dócil y muy amable, maravillosamente grato a todos en todo. En lugar de leche bebía del pecho materno las aguas de la sabiduría saludable, y cada día se hacía más prudente que sí mismo. ¿Más prudente diré, o más santo? Si digo ambas cosas, no me arrepentiré, pues diré la verdad. Era anciano en las costumbres, niño en los años, ajeno a la travesura infantil. Y aunque por ello causaba a todos reverencia y asombro, no por eso se volvía más altanero, como suele suceder, sino más bien sosegado y sumiso en toda mansedumbre. No sufría mal el magisterio, no rehuía la disciplina, no se hastiaba de la lectura, ni, en fin, apetecía los juegos, que es lo que esa edad suele tener por más dulce y familiar. Y aventajaba a todos los de su edad en aquella instrucción que correspondía a sus años. Pues en la disciplina de

las costumbres y en el progreso de las virtudes, en poco tiempo sobresalió incluso por encima de todos los que le enseñaban, aunque teniendo por maestra no tanto a su madre como a la unción. Movido por ella, se ejercitaba también sin flojedad en las cosas divinas: buscar el retiro, anticiparse a las vigilias, meditar en la ley, alimentarse con más parquedad, orar con más frecuencia. Y como por el estudio no tenía tiempo de frecuentar la iglesia, ni por modestia le agradaba, alzaba al cielo manos puras en todo lugar (1 Tim 2,8), allí donde podía hacerlo en secreto. Pues ya entonces era cauto para evitar el veneno de las virtudes, la vanagloria.

2

Hay una aldea cerca de la ciudad en que el niño estudiaba, adonde su maestro solía ir con frecuencia, sin más compañía que él. Yendo los dos juntos, él, según contaba después, retrasaba el pie, detenía el paso y, quedándose detrás del maestro sin que este lo advirtiera, extendidas al cielo las manos, lanzaba como de prisa una oración, a modo de dardo; y así, disimulando, seguía de nuevo al maestro. Con hurtos piadosos de esta clase burlaba a menudo el niño a quien era a la vez su compañero y su maestro. No es posible contar todo lo que adornó sus comienzos con el color de un buen natural: hay que correr hacia cosas mayores y más útiles. Una cosa, no obstante, referiré todavía, porque, a mi juicio al menos, dio en el niño una señal insigne de esperanza, no solo buena, sino grande. Una vez, movido por la fama de

cierto maestro (pues era célebre en las disciplinas que llaman liberales), acudió a él con deseo de aprender. Pues, tocando ya los límites de la niñez, anhelaba aquellas letras. Pero al entrar en la casa vio al hombre jugando con una lezna y surcando la pared con trazos repetidos de no sé qué manera llamativa. Y, ofendido con solo verlo, por cuanto olía a ligereza, el niño, que era serio, se apartó de él, y en adelante no se cuidó ni siquiera de verlo. Así, aunque era aficionadísimo a las letras, este amante de la virtud las despreció en comparación con lo honesto. Con tal preludio se preparaba el niño para el combate que le aguardaba en una edad más robusta; y ya entonces provocaba al adversario. Así fue, pues, la niñez de Malaquías. Y la adolescencia la pasó con igual sencillez y pureza, salvo que, al crecer la edad, crecían a la par en él la sabiduría y la gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2,52).

3

Desde entonces, es decir, desde el comienzo de su juventud, empezó a verse más claramente qué había en aquel hombre, y que la gracia de Dios no había sido vana en él (1 Cor 15,10). Pues el joven diligente, viendo cómo el mundo yace en el maligno (1 Jn 5,19), y considerando qué espíritu había recibido, decía para sí: «Este no es el espíritu de este mundo. ¿Qué tiene que ver el uno con el otro? No hay comunión del uno con el otro, como no la hay de la luz con las tinieblas. El mío viene de Dios, y sé lo que en él se me ha dado. De ahí me viene, por ahora todavía, la inocencia de vida; de

ahí el decoro de la continencia; de ahí el hambre de justicia; de ahí también aquella gloria mía, tanto más segura cuanto más secreta: el testimonio de mi conciencia (2 Cor 1,12). Nada de esto está seguro para mí bajo el príncipe del mundo. Además, llevo este tesoro en vaso de barro (2 Cor 4,7). Hay que temer que tropiece y se quiebre, y se derrame el óleo de alegría que llevo. Y en verdad, no tropezar entre las piedras y escollos de este camino y de esta vida torcidos y tortuosos es dificilísimo. ¿Habré de perder así, en un momento, todas a la vez las bendiciones de dulzura con que fui prevenido desde el principio? Antes bien, las devuelvo a aquel de quien proceden, y a mí mismo con ellas. Pues también yo soy suyo. Pierdo mi propia alma por un tiempo, para no perderla para siempre. Y lo que soy y todo lo que tengo, ¿dónde estará tan a salvo para mí como en la mano de su Autor? ¿Quién es tan solícito para guardar, tan poderoso para retener, tan fiel para devolver? Lo guardará con seguridad, lo devolverá a su tiempo. Sin reserva me entrego a servirle con sus propios dones. No puede perderse para mí nada de cuanto gaste en obras de piedad. Quizá sea lícito esperar incluso algo más. El que da gratis suele devolver con usura. Así es. Incluso acumulará y multiplicará la virtud en mi alma.» Esto pensó, y lo hizo, sabiendo que sin obras son vanos los pensamientos de los hombres.

II. SU NOVICIADO EN LA VIDA RELIGIOSA

4

Había en la ciudad de Armagh (que es aquella en que se crió Malaquías) un hombre, y ese hombre era santo y de vida muy austera, implacable castigador de su cuerpo, que tenía una celda junto a la iglesia. En ella vivía, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día (Lc 2,37). A él acudió Malaquías, para recibir la norma de vida de quien se había condenado en vida a semejante sepultura. Y mira su humildad. Desde su primera edad había tenido a Dios (de ello no cabe duda) por maestro en el arte santo; y he aquí que se hizo de nuevo discípulo de un hombre, él, hombre manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Si no lo sabíamos, él nos lo probó con esto solo. Lean esto los que intentan enseñar lo que no aprendieron, amontonando discípulos para sí sin haber sido nunca discípulos, ciegos guías de ciegos (Mt 15,14). Malaquías, enseñado por Dios, buscó no obstante a un hombre por maestro, y por cierto con cautela y sabiduría. ¿Qué cosa semejante, pregunto, podía hacer, en que a la vez diera y recibiera prueba de su aprovechamiento? Si el ejemplo de Malaquías les parece poca cosa, atiendan a lo que hizo Pablo. ¿No juzgó acaso que su Evangelio, que no había recibido de hombre alguno, sino de Cristo, debía con todo conferirlo con los hombres, no fuera que corriese o hubiese corrido en vano (Gál 1,12; 2,2)? Donde él no está seguro, tampoco lo estoy yo. Si alguno está cierto de ello, mire no sea que eso no tanto sea seguridad cuanto temeridad. Pero esto es para otra ocasión.

5

Pues bien, lo sucedido resonó en la ciudad, y toda ella se conmovió ante novedad tan inesperada. Todos estaban atónitos y admiraban su virtud, tanto más cuanto menos usual era en un pueblo fiero. Entonces habrías visto revelarse los pensamientos de muchos corazones (Lc 2,35). Los más, pesando el hecho con afecto humano, se lamentaban y dolían de que un joven querido por todos y criado con regalo se hubiera entregado a trabajos tan duros. Otros, sospechando ligereza por su edad, desconfiaban de su perseverancia y temían una caída. Algunos, achacándole temeridad, se indignaban y bramaban contra él, porque sin consejo había emprendido una cosa ardua por encima de su edad y de sus fuerzas. Pero él nada hizo sin consejo. Pues tuvo el consejo del profeta, que dice: Bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde su juventud; y añade: Se sentará solitario y callará, porque se levantó por encima de sí mismo (Lam 3,27-28). Se sentaba el jovencito a los pies de Ímar (pues tal era el nombre de aquel varón), y o aprendía la obediencia, o mostraba haberla aprendido. Se sentaba como sosegado, como manso, como humilde. Se sentaba y callaba, sabiendo, según el profeta, que el culto de la justicia es el silencio (Is 32,17); se sentaba como quien persevera, callaba como quien es modesto, salvo que con aquel silencio suyo hablaba a los oídos de Dios con el santo David: Joven soy yo y despreciado, no he olvidado tus mandatos (Sal 119,141). Y entretanto se sentaba solitario, porque estaba sin compañero y sin ejemplo. Pues ¿quién antes de Malaquías ha-

bría siquiera pensado en intentar el rigurosísimo propósito de aquel varón? Todos lo tenían por admirable, no por imitable. Malaquías persuadió de que era imitable, solo con estar sentado y callar. En pocos días tuvo no pocos imitadores, movidos por su ejemplo. Así, el que al principio se sentó solitario, hijo único de su padre, se hace ya uno entre muchos; de unigénito se hace primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29). Y así como fue el primero en aquel género de vida, así fue en él el más eminente; y el que vino antes que todos, a juicio de todos sobresalió por encima de todos en virtud. Y al obispo y al maestro por igual les pareció digno de ser promovido al grado de diácono. Y lo obligaron.

III. ORDENADO, HACE LAS VECES DEL OBISPO

6

Desde entonces, levita del Señor, se ciñó públicamente para toda obra de piedad, pero más aún para aquellas en que parecía haber alguna afrenta. En fin, su mayor cuidado era sepultar a los pobres difuntos, porque esto le sabía no menos a humildad que a humanidad. Ni le faltó a nuestro nuevo Tobías la tentación renovada por una mujer, mejor dicho, por la serpiente a través de una mujer. Su hermana, horrorizada por la que a ella le parecía indignidad del oficio, le decía: «¿Qué haces, insensato? Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mt 8,22).» Y se lo echaba en cara cada día. Pero a la mujer necia se le

respondía según su necedad (Prov 26,5): «Desdichada, tú tienes el sonido de la palabra casta, pero ignoras su virtud.» Así, el ministerio al que había accedido obligado, lo mantuvo con devoción y lo ejerció sin cansancio. Por eso juzgaron que había que imponerle también el oficio sacerdotal. Y así se hizo. Tenía unos veinticinco años cuando fue ordenado sacerdote. Si en una y otra ordenación algo parece haberse hecho fuera de la norma de los cánones, como en verdad parece (pues recibió el ministerio levítico antes de los veinticinco años y la dignidad del sacerdocio antes de los treinta), ha de perdonarse sin duda tanto al celo del que lo ordenó como a los méritos del ordenado. Yo, por mi parte, aconsejo que esto ni se reprenda en un santo ni lo usurpe quien no lo sea. Y no contento con esto, el obispo le confió además sus veces: sembrar semilla santa en un pueblo no santo, y dar a un pueblo rudo, que vivía sin ley, la ley de la vida y de la disciplina. Él recibió el mandato con toda prontitud, pues era ferviente de espíritu (Rom 12,11); no incubando los talentos, sino ávido de ganancias. Y he aquí que con la azada de la lengua comenzó a arrancar, destruir, disipar (Jer 1,10), haciendo de día en día lo torcido derecho, y lo áspero caminos llanos (Lc 3,5). Se gozaba como un gigante (Sal 19,6) en recorrerlo todo. Lo habrías llamado fuego abrasador que consume las zarzas de los crímenes. Lo habrías llamado hacha o azuela que derriba las malas plantaciones, que arranca los ritos bárbaros y planta los eclesiásticos. Abolía todas las supersticiones envejecidas (que no se hallaban pocas), y cualesquiera male-

ficios que, dondequiera los descubriese, hubieran sido enviados por ángeles malos (Sal 78,49).

7

En fin, todo lo desordenado, todo lo indecoroso, todo lo torcido que le salía al paso, no lo perdonaba su ojo; sino que, como el granizo derriba los higos verdes y como el viento arrebata el polvo de la faz de la tierra, así se esforzaba con todas sus fuerzas por arrojar de delante de sí y borrar de su pueblo todo cuanto era de esta especie. Y en lugar de todo ello, el excelente legislador transmitía leyes celestiales. Daba leyes llenas de justicia, llenas de moderación y honestidad. Además establecía en todas las iglesias las sanciones apostólicas y los decretos de los santos Padres, y sobre todo las costumbres de la santa Iglesia romana. De ahí viene que hasta hoy se cante y salmodie en ellas en las horas canónicas según la costumbre de toda la tierra. Pues antes no se hacía en absoluto, ni siquiera en la ciudad. Él mismo había aprendido el canto en su juventud, y pronto lo hizo cantar en su monasterio, cuando aún ni en la ciudad ni en todo el obispado sabían o querían cantar. Luego, Malaquías instituyó de nuevo el uso saludabilísimo de la confesión, el sacramento de la confirmación y el contrato del matrimonio, cosas todas que o ignoraban o descuidaban. Y baste esto como ejemplo de tales cosas. Pues a lo largo de toda la historia pasamos por alto muchísimo por amor a la brevedad.

IV. SE UNE AL OBISPO MALCO PARA INSTRUIRSE MÁS PLENAMENTE

8

Como tenía el mayor empeño y celo por el culto de las cosas divinas y la veneración de los sacramentos, para no establecer o enseñar acaso sobre ellos algo distinto de lo que tenía el rito de la Iglesia universal, le vino al ánimo acudir al obispo Malco, para que lo instruyera más plenamente en todo. Era este un anciano lleno de días y de virtudes, y la sabiduría de Dios estaba en él. Irlandés de nación, había vivido en Inglaterra con el hábito y el propósito de monje en el monasterio de Winchester; de allí fue tomado para obispo de Lismore, ciudad de Munster, y la más noble entre las demás de aquel reino. Allí se le concedió de lo alto tanta gracia, que no solo brillaba por su vida y su doctrina, sino también por sus milagros. De ellos pongo dos a modo de ejemplo, y sepan todos qué preceptor tuvo Malaquías en la ciencia de los santos. A un niño privado de razón, de los que llaman lunáticos, lo sanó con la sagrada unción mientras lo confirmaba. Esto fue tan conocido y cierto, que poco después lo hizo portero de su casa, y el mismo muchacho vivió sano en aquel oficio hasta la edad viril. Devolvió el oído a un sordo, el cual confesó que le ocurrió en ello algo admirable: cuando el santo le metió los dedos en uno y otro oído, sintió salir de ellos como dos lechoncillos. Por estas y otras cosas semejantes se extendió su fama y alcanzó gran nombre, de modo que acudían a él escoceses e irlandeses,

y era venerado por todos como el padre único de todos. A él, pues, llegó felizmente Malaquías, recibida la bendición de su padre Ímar y enviado por el obispo, y fue acogido benignamente por el anciano; y permaneció con él algunos años, para beber más plenamente, durante esa estancia, de aquel pecho veterano, sabiendo que está escrito: En los ancianos está la sabiduría (Job 12,12). Pero creo que no faltó tampoco esta otra razón: que el gran Proveedor de todas las cosas quiso que su siervo Malaquías, que había de ser de provecho para todos, se diera a conocer a todos en lugar tan célebre. Pues no podía dejar de ser grato a quienes lo conocieran. En fin, entretanto sucedió una cosa por la que se hizo manifiesto a los hombres, en alguna medida, lo que en él era conocido de Dios.

9

Surgida una enemistad entre el rey de Munster (que es la parte meridional de Irlanda) y su hermano, y habiendo prevalecido este, el rey, expulsado de su reino, se refugió junto al obispo Malco. No para recuperar el reino con su ayuda, sino que más bien el piadoso príncipe dio lugar a la ira (Rom 12,19) e hizo de la necesidad virtud, eligiendo llevar una vida privada. Y como el obispo se dispusiera a recibir al rey con el honor debido, él lo rehusó, diciendo que prefería ser como uno de aquellos hermanos pobres que vivían junto a él, deponer el fasto regio y contentarse con la pobreza común, y esperar la voluntad del Señor antes que recobrar el reino por la fuerza; y que no quería, por su honor terreno, derramar sangre

humana que clamara a Dios contra él desde la tierra (Gén 4,10). Al oír esto, el obispo se alegra y, admirado de su devoción, satisface su deseo. ¿Para qué más? Se da al rey una pobre casita para vivir, y a Malaquías por maestro, y por sustento pan con sal y agua. Y por delicias le bastaban al rey la presencia, la vida y la doctrina de Malaquías, tanto que le decía: ¡Qué dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca (Sal 119,103). Además, cada noche regaba su lecho con sus lágrimas (Sal 6,7), y con un baño diario de agua fría apagaba en su carne el mal ardor de la concupiscencia. Y orando el rey, decía con el Rey: Mira mi humillación y mi fatiga, y perdona todos mis pecados (Sal 25,18). Y Dios no apartó de él su oración ni su misericordia (Sal 66,20). Y su oración fue escuchada, aunque de otro modo del que él pretendía. Pues él andaba solícito por su alma; pero Dios, vengador de la inocencia, queriendo mostrar a los hombres que hay descendencia para el hombre pacífico (Sal 37,37), se disponía entretanto a hacer justicia al que padecía injuria (Sal 146,7), cosa que él en absoluto esperaba. Y Dios suscitó el espíritu de un rey vecino: pues Irlanda no es un solo reino, sino que está dividida en muchos. Este, pues, viendo lo sucedido, se llenó de celo: por una parte indignado por la licencia de los salteadores y la insolencia de los soberbios, por otra compadecido de la desolación del reino y de la caída del rey, bajó a la celdilla del pobre: le aconseja volver, pero no lo convence. Insiste, sin embargo, promete ayuda, le exhorta a no desconfiar del éxito; le asegura que Dios estará con ellos,

a quien no podrán resistir todos sus adversarios (Lc 21,15). Le pone delante también la opresión de los pobres y la devastación de la patria, y no adelanta nada.

10

Pero cuando se añadieron el mandato del obispo y el consejo de Malaquías, de quienes él dependía por entero, al fin, a duras penas, consiente. Sigue el rey al rey, y según la palabra del rey, como era la voluntad en el cielo (1 Mac 3,60), expulsados con toda facilidad los salteadores, el hombre es devuelto a lo suyo entre el júbilo de los suyos y restituido a su reino. Desde entonces aquel rey amó a Malaquías y lo reverenció siempre, con tanta mayor inclinación cuanto más plenamente había hallado en el santo varón lo digno de veneración y de amor. Pues no pudo ignorar la santidad de aquel cuya familiaridad tan grande había merecido en su adversidad. Por eso, más aún en su prosperidad, lo honraba con amistad perpetua y obsequios devotos, y lo escuchaba con gusto, y después de oírlo hacía muchas cosas (Mc 6,20). Y basta de esto. Con todo, no creo que sucediera por azar que ya entonces el Señor lo engrandeciera así a la vista de los reyes, sino porque era para él un vaso de elección, que había de llevar su nombre ante los reyes y los príncipes (Hch 9,15).

V. SOCORRE A SU HERMANA DIFUNTA OFRECIENDO EL SACRIFICIO

11

Murió entretanto aquella hermana suya de la que hablamos antes. Ni hay que pasar por alto las visiones que tuvo acerca de ella. El santo había aborrecido su vida carnal, y con tanto celo, que hizo voto de no verla mientras viviera en la carne. Pero, desatada ella de la carne, se desató el voto, y empezó a ver en espíritu a la que no quiso ver en el cuerpo. Una noche oyó en sueños una voz que le decía que su hermana estaba fuera, en el atrio, y que en treinta días enteros no había probado nada; y él, al despertar, comprendió enseguida de falta de qué alimento se consumía. Y examinado con cuidado el número de días que había oído, halló que era exactamente el tiempo transcurrido desde que no ofrecía por ella el Pan vivo del cielo. Entonces él, que no odiaba el alma de su hermana sino su pecado, reanuda el beneficio que había interrumpido. Y no en vano. No mucho después le pareció que ella había llegado al umbral de la iglesia, pero que aún no podía entrar; y aparecía además con vestido oscuro. Y como él perseverase, cuidando de que ningún día quedara privada de la acostumbrada limosna, la vio por segunda vez con vestido casi blanco, admitida ya dentro de la iglesia, pero sin permitírsele tocar el altar. La tercera vez, por fin, se la vio unida a la compañía de los vestidos de blanco, y con vestido blanco. ¿Ves, lector, cuánto vale la oración asidua del justo (Sant 5,16)? En verdad, el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan (Mt 11,12). ¿No te parece que la oración de Malaquías hizo en cierto modo las veces de quien fuerza

las puertas del cielo, cuando una mujer pecadora obtuvo con las armas de su hermano lo que se negaba a sus propios méritos? Esta violencia, buen Jesús, tú que la padeces, la haces, poderoso y piadoso para salvar, obrando misericordia y poder con tu brazo, y guardándola en tu Sacramento para los santos que están en la tierra, hasta la consumación del siglo. Este Sacramento es, sin duda, poderoso para consumir los pecados, para derrotar a las potestades que salen al paso, para introducir en el cielo a los que vuelven de la tierra.

VI. RESTAURA EL MONASTERIO DESOLADO DE BANGOR

12

Así, pues, el Señor preparaba en la región de Lismore a su amado Malaquías para la gloria de su nombre. Pero los que lo habían enviado, no soportando ya su ausencia, lo llaman de vuelta por cartas. Devuelto a los suyos, y ya mejor instruido en todo lo necesario, he aquí una obra preparada y reservada por Dios para Malaquías. Un hombre rico y poderoso que poseía el lugar de Bangor y sus posesiones, inspirado por Dios, puso al punto en sus manos todo lo suyo, y a sí mismo también. Y era tío suyo. Pero para Malaquías valía más el parentesco del espíritu que el de la carne. Le entregó además el príncipe el mismo lugar de Bangor, del que tomaba su sobrenombre, para que edificase allí un monasterio, o más bien lo reedificase. Pues bajo su primer padre, Comgall, había sido nobilísimo, engendrador de muchos miles

de monjes, cabeza de muchos monasterios. Lugar verdaderamente santo y fecundo en santos, que fructificaba para Dios con suma abundancia, tanto que de uno de los hijos de aquella santa congregación, llamado Luano, se dice que fundó él solo cien monasterios. Lo digo para que, por este solo dato, conjeture el lector cuán inmensa fue la multitud restante. En fin, de tal modo llenaron sus retoños Irlanda y Escocia, que aquellos versículos de David parecen haber cantado de antemano sobre todo aquellos tiempos: Visitaste la tierra y la embriagaste, la colmaste de riquezas. El río de Dios está lleno de agua; preparaste su alimento, pues así es su preparación. Embriaga sus surcos, multiplica sus retoños; con sus lluvias se alegrará al germinar (Sal 65,10-11). Y del mismo modo los versículos que siguen. Y no solo en las regiones mencionadas, sino también en las extranjeras se derramaron aquellos enjambres de santos, como en una inundación. Uno de ellos, san Columbano, subiendo a estas nuestras regiones de las Galias, construyó el monasterio de Luxeuil, y se hizo allí un gran pueblo. Dicen que fue tan grande que, sucediéndose por turno los coros, se continuaba sin interrupción la solemnidad del oficio divino, de modo que ni un momento del día ni de la noche quedaba vacío de alabanzas.

13

Baste lo dicho de la antigua gloria del monasterio de Bangor. Este monasterio, destruido antaño por los piratas, lo abrazó Malaquías, como quien va a replantar un paraíso, por la señal de su

antigua dignidad, y porque dormían allí muchos cuerpos de santos. Pues, por no hablar de los que fueron sepultados en paz, dicen que novecientos fueron muertos juntos por los piratas en un solo día. Era, en verdad, inmensa la hacienda de aquel lugar; pero Malaquías, contento con solo el lugar santo, cedió a otro todas las posesiones y tierras. Pues desde que fue destruido el monasterio no faltó quien lo poseyera con sus bienes. Pues hasta se les nombraba por elección y se les llamaba abades, conservando de nombre, aunque no de hecho, lo que antaño había existido. Y aunque muchos le aconsejaban no enajenar las posesiones, sino retenerlo todo junto para sí, no accedió el amante de la pobreza, sino que hizo elegir según la costumbre a quien las poseyera, reservándose, como dijimos, el lugar para sí y para los suyos. Y quizá, como después se vio, habría obrado más cuerdamente reteniéndolo todo, si no hubiera mirado más por su humildad que por la paz.

14

Así pues, por mandato de su padre Ímar, tomando consigo unos diez hermanos, llegó al lugar y comenzó a edificar. Allí, un día que él mismo cortaba con el hacha, uno de los obreros, por casualidad, mientras él blandía el hacha en el aire, se puso incautamente en el lugar adonde iba dirigido el golpe; y el hacha cayó sobre su espinazo, con todo el ímpetu con que él pudo descargarla. Cayó el hombre; acudieron todos, pensando que estaba herido de muerte, o muerto. Y la túnica

estaba rasgada de arriba abajo; pero el hombre fue hallado ileso, con la piel tan leve y superficialmente rozada, que apenas se veía huella en la superficie. Estaba en pie, sano, el hombre a quien el hacha había derribado, mientras los presentes lo miraban atónitos. Por eso se volvieron más animosos, y desde entonces se mostraron más prontos para el trabajo. Y este fue el comienzo de los milagros de Malaquías. En pocos días quedó terminado el oratorio, de maderos pulidos, pero bien y sólidamente ensamblado, obra al estilo irlandés, bastante hermosa. Y desde entonces se sirve en él a Dios como en los días antiguos, con semejante devoción, aunque no en igual número. Malaquías gobernó aquel lugar algún tiempo, por disposición de su padre Ímar, él mismo rector, él mismo regla de los hermanos. Leían en su vida cómo habían de vivir, y él iba delante de ellos en justicia y santidad ante Dios; salvo que, además de las observancias comunes, hacía muchas cosas por su cuenta, en las que aún más se adelantaba a todos, y ninguno de los otros podía seguirle a tan arduas alturas. Por aquel tiempo y en aquel lugar estaba enfermo un hombre, al que el diablo, asistiéndole y hablándole abiertamente, le sugería que no creyera nunca en los avisos de Malaquías, sino que, si entraba a verle, lo atacara con un cuchillo y lo matara. Sabido esto por los que le atendían, delatándolo el mismo enfermo, llevan aviso a Malaquías para prevenirlo. Pero él, empuñando las acostumbradas armas de la oración, acometió intrépido al enemigo, y ahuyenta a la vez la enfermedad y al demonio.

El hombre se llamaba Malco. Es hermano según la carne de nuestro Cristián, abad de Mellifont. Ambos viven todavía, y ahora son más hermanos aún en el espíritu. Pues él, en cuanto fue liberado, al punto, no ingrato, se convirtió al Señor en aquel mismo lugar, y mudó a la vez de hábito y de alma. Y conocieron los hermanos que el maligno envidiaba sus bienes; y se edificaron, y en adelante se hicieron más cautos.

VII. CURA A UN ENFERMO DE DISENTERÍA

15

A un clérigo llamado Miguel, enfermo de disentería y desahuciado, lo sanó en aquel mismo lugar enviándole algo de su mesa. Por segunda vez, al mismo, atacado de gravísima enfermedad, lo curó a la vez en el cuerpo y en el alma. Pues al punto se unió a Dios y a Malaquías, su siervo, temiendo que le sucediera algo peor si de nuevo se mostraba ingrato a tan gran beneficio y milagro. Y ahora, según hemos oído, gobierna un monasterio situado en tierras de Escocia; y es el último de todos los que aquel fundó. Con tales cosas crecían de día en día la fama y la comunidad de Malaquías, y tenía gran nombre dentro y fuera, aunque no mayor que la realidad. De hecho, siguió morando allí aun después de ser hecho obispo, porque el lugar estaba cerca de la ciudad.

VIII. ACEPTA, AUNQUE CONTRA SU VOLUNTAD, EL OBISPADO DE CONNOR

16

Estaba por entonces vacante la sede episcopal, y lo estaba ya desde hacía tiempo, porque Malaquías no quería consentir, pues lo habían elegido a él. Pero, persistiendo ellos, al fin cedió, al sumarse, para hacerle fuerza, el mandato de su maestro y también el del metropolitano. Hacia los treinta años de edad, Malaquías, consagrado obispo, es introducido en Connor: pues tal es el nombre de la ciudad. Pero cuando comenzó a obrar según su oficio, comprendió el hombre de Dios que no había sido destinado a hombres, sino a bestias. Nunca hasta entonces, en ninguna barbarie, por grande que fuese, había conocido a otros tales; en ninguna parte había hallado hombres tan desvergonzados en las costumbres, tan salvajes en los ritos, tan impíos en la fe, tan bárbaros en las leyes, tan rebeldes a la disciplina, tan inmundos en la vida. Cristianos de nombre, paganos de hecho. No daban diezmos ni primicias, no contraían matrimonios legítimos, no se confesaban; no se hallaba en absoluto quien pidiera penitencia ni quien la diera. Los ministros del altar eran muy pocos. Pero ¿qué falta hacían más, si aun esos pocos estaban casi ociosos entre los laicos? No había en qué fructificaran sus oficios en medio de un pueblo malvado. Pues en las iglesias no se oía ni voz de quien predicara ni de quien cantara. ¿Qué haría el atleta del Señor? O retirarse vergonzosamente, o combatir con peligro. Pero el que se sabía pastor y no asalariado eligió quedarse antes que huir, dispuesto incluso a dar la vida por las ovejas (Jn 10,11), si fuera preciso. Y aunque todos eran lobos y ovejas ninguna, se

mantuvo, pastor intrépido, en medio de los lobos (Mt 10,16), ingeniándose de todos los modos para hacer de los lobos ovejas. Amonestaba en común, reprendía en secreto, lloraba por cada uno; ya con aspereza, ya con suavidad los abordaba, según veía que a cada cual convenía. Por aquellos en quienes adelantaba menos con esto, ofrecía un corazón contrito y humillado (Sal 51,19). ¡Cuántas veces pasó noches enteras en vela, extendiendo las manos en oración! Y como no querían venir a la iglesia, salía a su encuentro, aun contra su voluntad, por calles y plazas; y recorriendo la ciudad, buscaba anhelante a quién ganar para Cristo.

17

Y fuera de ella recorría también con frecuencia los campos y las aldeas, con aquella santa compañía de sus discípulos que nunca se apartaban de su lado. Iba y repartía, aun a los ingratos, su ración de trigo celestial. Y no iba a caballo, sino a pie, mostrándose también en esto varón apostólico. ¡Buen Jesús! ¡Cuánto padeció por tu nombre tu guerrero a manos de hijos malvados! ¡Cuánto soportó de aquellos mismos a quienes hablaba y por quienes te hablaba bien a ti! ¿Quién podrá expresar dignamente en cuántas cosas fue atormentado, con qué ultrajes fue afrentado, con qué injurias provocado, cuántas veces quedó extenuado por el hambre, cuántas afligido en frío y desnudez (2 Cor 11,27)? Y sin embargo, con los que odiaban la paz era pacífico (Sal 120,7), y no por eso menos insistente a tiempo y a destiempo (2

Tim 4,2). Blasfemado, rogaba; injuriado, oponía el escudo de la paciencia, y vencía el mal con el bien (Rom 12,21). ¿Cómo no había de vencer? Perseveró llamando, y según la promesa, al fin al que llamaba se le abrió (Lc 11,9). ¿Cómo podía no seguirse lo que la Verdad había predicho que se seguiría? La diestra del Señor hizo proezas (Sal 118,16), porque la boca del Señor ha dicho la verdad. Cedió la dureza, se aquietó la barbarie; y la casa rebelde (Ez 2,5) comenzó poco a poco a ablandarse, poco a poco a admitir la corrección, a recibir la disciplina. Desaparecen las leyes bárbaras, se introducen las romanas; se reciben por todas partes las costumbres eclesiásticas, se rechazan las contrarias; se reedifican las basílicas, se ordena clero para ellas. Se celebran debidamente las solemnidades de los sacramentos, se hacen confesiones, el pueblo acude a la iglesia, la celebración de las nupcias dignifica los concubinatos; en fin, todo cambió de tal modo para bien, que hoy cuadra a aquella gente lo que dice el Señor por el profeta: Los que antes no eran mi pueblo, son ahora mi pueblo (Os 2,25).

IX. CONSTRUYE EL MONASTERIO DE IBRACH

18

Sucedió, al cabo de algunos años, que la ciudad fue destruida por el rey de la parte septentrional de Irlanda, porque del aquilón se extiende todo mal (Jer 1,14). Y quizá aquel mal fue un bien para los que supieron aprovecharlo. Pues ¿quién

sabe si con tal azote quiso Dios borrar los males antiguos de su pueblo? Forzado por esta necesidad, también Malaquías salió con la multitud de sus discípulos. Y no fue ociosa su salida. Con esta ocasión se construyó el monasterio de Ibrach, yendo allá Malaquías con los suyos, ciento treinta hermanos en número. Allí le salió al encuentro el rey Cormac. Es aquel que, expulsado antaño de su reino, recibió consuelo de la misericordia de Dios bajo el cuidado de Malaquías. Y aquel lugar estaba en su reino. Se alegró el rey al ver a Malaquías, y se puso a sí mismo y todo lo suyo a disposición de él y de los que lo acompañaban, como quien no era ingrato ni olvidadizo del beneficio. Al punto se trajeron muchos animales para uso de los hermanos, y además se dio con regia liberalidad mucho oro y plata para los gastos de los edificios. Él mismo entraba y salía con ellos, solícito y servicial, rey por el hábito, pero discípulo de Malaquías por el ánimo. Y el Señor bendijo aquel lugar por amor de Malaquías. Y en poco tiempo se hizo grande en bienes, en posesiones y en personas. Allí, como si empezara de nuevo, el obispo y maestro llevaba él mismo, más que nadie, la ley y la disciplina que imponía a los demás. Él mismo, cuando le tocaba el turno, servía en la cocina; él mismo servía a los hermanos cuando estaban a la mesa. Entre los hermanos que se sucedían por turno para cantar o leer en la iglesia, no consentía que se le pasara por alto, sino que cumplía él mismo con diligencia el oficio en su lugar, como uno de ellos. De la santa pobreza se mostraba no solo partícipe,

sino príncipe, siendo su imitador más celoso que todos.

X. ES HECHO ARZOBISPO, O PRIMADO, DE IRLANDA

19

Mientras esto sucedía, enfermó el arzobispo Celso, el mismo que había ordenado a Malaquías de diácono, de presbítero y de obispo; y sabiendo que iba a morir, hizo una especie de testamento: que Malaquías le sucediese, porque ningún otro parecía más digno de ser obispo en la sede primada. Esto lo declaró a los presentes, lo mandó a los ausentes, y lo ordenó especialmente a los dos reyes de Munster y a los principales de la tierra, con la autoridad de san Patricio. Por reverencia y honor a él, como apóstol de aquella nación que convirtió a la fe a toda la patria, aquella sede, que presidió en vida y donde descansa muerto, es tenida desde el principio en tanta veneración por todos, que no solo los obispos, los sacerdotes y los clérigos, sino también la totalidad de los reyes y príncipes están sujetos al metropolitano con toda obediencia, y él solo preside a todos. Pero, por la diabólica ambición de ciertos poderosos, se había arraigado una pésima costumbre: que la santa sede se obtuviera por sucesión hereditaria. Pues no consentían que fuera obispo sino quien fuese de su tribu y familia. Y no poco había durado esta execrable sucesión, transcurridas ya en esta maldad unas quince generaciones. Y tanto había afianzado para sí aquel derecho perverso,

mejor dicho, aquel atropello digno de toda clase de muerte, esa generación mala y adúltera (Mt 12,39), que, aunque alguna vez faltaran clérigos de aquella sangre, obispos no faltaron nunca. En fin, antes de Celso habían sido ya ocho los que eran hombres casados y sin órdenes, aunque letrados. De ahí venía toda aquella relajación de la disciplina eclesiástica en toda Irlanda, de la que hablamos más arriba, el debilitamiento de la censura, el vaciamiento de la religión; de ahí aquella cruel barbarie introducida por todas partes en lugar de la mansedumbre cristiana, mejor dicho, una especie de paganismo implantado bajo nombre cristiano. Pues (cosa inaudita desde el mismo comienzo de la cristiandad) se cambiaban y multiplicaban los obispos sin orden ni razón al capricho del metropolitano, de modo que un obispado no se contentaba con uno, sino que casi cada iglesia tenía su propio obispo. Y no es de extrañar: pues ¿cómo iban a estar sanos los miembros de una cabeza tan enferma?

20

Por estos y semejantes males de su pueblo, Celso, que se dolía vivamente (pues era varón bueno y temeroso de Dios), procuró por todos los medios tener por sucesor a Malaquías, porque confiaba en que por él podría arrancarse aquella sucesión mal arraigada; pues era querido por todos, todos lo emulaban, y el Señor estaba con él. Y no quedó frustrada su esperanza. Pues, muerto él, fue puesto Malaquías en su lugar, aunque no enseguida, ni fácilmente. Pues he aquí que de

la mala simiente surge quien ocupa el puesto, llamado Mauricio. Este, durante cinco años, apoyado en el poder secular, se echó encima de la Iglesia, no como obispo, sino como tirano. Pues los deseos de los piadosos se habían puesto más bien en Malaquías. En fin, le instaban a asumir la carga conforme a la disposición de Celso; pero él, que huía de toda altura no de otro modo que de su propio precipicio, creyó haber hallado una buena ocasión de excusarse: que por aquel tiempo su entrada no podía ser pacífica. Insistían en tan santa obra y le apremiaban todos; sobre todo dos obispos, Malco y Gilberto: el primero es el anciano de Lismore de quien se hizo mención más arriba; el otro, aquel que, según dicen, fue el primero en ejercer la legación de la Sede Apostólica en toda Irlanda. Transcurridos ya tres años en esta usurpación de Mauricio y en esta resistencia de Malaquías, no soportando más el adulterio de la iglesia y el deshonor de Cristo, convocados los obispos y príncipes de la tierra, acuden con un solo espíritu a Malaquías, dispuestos a hacerle fuerza. Pero él al principio se negaba, alegando la dificultad de la empresa: el número, la fuerza, la ambición de aquella noble estirpe; que era mucho para él, pobrecillo, oponerse a tantos, tan grandes, tales y tan arraigados, que desde hacía casi doscientos años poseían como por herencia el santuario de Dios, y que ahora también lo habían ocupado de antemano; que no podían ser extirpados, ni siquiera a costa de muertes humanas; que no era cosa suya que se derramase sangre

humana por su causa; por último, que estaba unido a otra esposa, a la que no le era lícito dejar.

21

Pero ellos, por el contrario, insistían y clamaban que del Señor había salido la palabra (Gén 24,50); y aun con toda autoridad le mandaban asumir la carga, amenazándole con el anatema. «A la muerte me lleváis —dijo—; pero obedezco con esperanza de martirio, con esta condición, sin embargo: que si, conforme a vuestra fe, la cosa sale bien, y Dios reivindica su heredad de manos de los que la saquean, entonces, consumado todo y teniendo paz la Iglesia, se me permita volver a mi primera esposa y amiga, la pobreza, de la que me arrancan, y poner allí en mi lugar a otro que entonces se halle idóneo.» Advierte, lector, la virtud del varón y la pureza de su ánimo, que ni ambicionaba el honor ni temía la muerte por el nombre de Cristo. ¿Qué hay más puro que este ánimo, qué más valeroso, que, exponiéndose al peligro y al trabajo, ceda a otro el fruto, la seguridad misma y la paz en el puesto de mando? Esto hace al reservarse por el pacto la libertad de volver a la pobreza, una vez restituidas la paz y la libertad de la Iglesia. Prometiéndolo ellos, accedió por fin a su voluntad, o más bien a la de Dios, por quien recordaba que se le había mostrado de antemano, tiempo atrás, lo que ahora le dolía que sucediera. En efecto, estando ya enfermo Celso, se apareció a Malaquías, que se hallaba lejos y nada sabía, una mujer de alta estatura y rostro venerable. Al preguntarle quién era, se le respon-

dió que era la esposa de Celso. Y entregándole el báculo pastoral que tenía en la mano, desapareció. Pocos días después, Celso, moribundo, envió su báculo a Malaquías, como a quien había de sucederle; y él, al verlo, reconoció que era el mismo que había visto. Sobre todo el recuerdo de esta visión atemorizó a Malaquías: no fuera que, si seguía negándose (cosa que había esquivado ya bastante tiempo), pareciese resistir a la voluntad divina. Con todo, no entró en la ciudad mientras vivió aquel usurpador, para que con tal ocasión no muriera ninguno de aquellos a quienes venía más bien a dar vida. Así, durante dos años (pues ese tiempo sobrevivió aquel), permaneciendo fuera de la ciudad, ejerció con empeño el oficio episcopal en toda la provincia.

XI. ESCAPA ILESO DE UNA EMBOSCADA, Y SUS AUTORES PERECEN MISERABLEMENTE

22

Quitado aquel de en medio por una muerte rápida, un tal Nigelo, o mejor dicho, negrísimo de verdad, se apoderó a su vez de la sede. Y Mauricio, todavía en vida, había provisto para su alma de este modo: teniéndolo por heredero, para que él, que salía de este mundo para condenarse, persistiera por medio de este en añadir obras de condenación. Pues también él era de la estirpe condenada, pariente de Mauricio. Pero el rey, los obispos y los fieles de la tierra se reunieron igualmente para introducir a Malaquías. Y he aquí, en contra, el consejo de los malvados. Uno de los

hijos de Belial, pronto para la malicia, poderoso en la iniquidad, sabiendo el lugar donde habían decidido reunirse, juntando a muchos consigo, ocupa a escondidas una colina alta y vecina, enfrente, desde donde, mientras ellos trataban de otras cosas, se lanzarían de improviso sobre los desprevenidos y matarían a los inocentes. Pues habían convenido en degollar también al rey con el obispo, para que no hubiera quien vengara la sangre justa. Lo supo Malaquías, y entrando en la iglesia (pues estaba cerca), con las manos alzadas oró al Señor; y he aquí que nubes y oscuridad, y también aguas tenebrosas en las nubes del aire (Sal 18,12), convirtieron el día en noche. También los relámpagos, los truenos y los horribles vientos de tempestad amenazan con el día postrero, y todos los elementos anuncian una muerte inminente.

23

Y para que sepas, lector, que fue la oración de Malaquías la que sacudió los elementos: la tempestad atrapó solo a los que buscaban su vida; el torbellino tenebroso envolvió solo a los que habían preparado las obras de las tinieblas. En fin, el mismo que había sido cabecilla de tan gran maldad murió fulminado por un rayo con otros tres: y fueron compañeros en la muerte los que habían sido cómplices en el crimen. Al día siguiente se hallaron sus cuerpos medio quemados y putrefactos, colgados de las ramas de los árboles, donde el viento, levantándolos, había estrellado a cada uno. Otros tres fueron hallados

medio muertos; todos los demás, dispersos por todas partes. Pero a los que estaban con Malaquías, aunque muy cerca del lugar, la tempestad no los tocó en absoluto, ni les causó molestia alguna. En este hecho tenemos una prueba reciente de la verdad de aquella palabra: que la oración del justo penetra los cielos (Eclo 35,21). Y también un nuevo ejemplo de un milagro antiguo, por el cual antaño, estando todo Egipto sumido en tinieblas, solo Israel permaneció en la luz, según dice la Escritura: Dondequiera que estaba Israel, había luz (Éx 10,23). Aquí me viene también a la mente el hecho del santo Elías, que unas veces hacía venir nubes y lluvias de los confines de la tierra (1 Re 18,45), y otras hacía bajar fuego del cielo sobre los blasfemos (2 Re 1,10). Y ahora, de modo semejante, Dios ha sido glorificado en su siervo Malaquías.

XII. CON FORTALEZA DE ÁNIMO Y FE CONSTANTE EN DIOS APLACA A LOS ENEMIGOS Y RIVALES ARMADOS CONTRA ÉL, Y SE LOS GANA

24

A los treinta y ocho años de edad, el pobre Malaquías, expulsado el usurpador, entró en Armagh, pontífice y metropolitano de toda Irlanda. Pero, vueltos a sus casas el rey y los demás que lo habían introducido, él queda en la mano de Dios, y le quedan luchas por fuera, temores por dentro (2 Cor 7,5). Pues he aquí que la raza de víboras, rechinando los dientes y gritando que se la deshe-

redaba, se alza toda entera, dentro y fuera, contra el Señor y contra su Cristo (Sal 2,2). Además, Nigelo, viendo que le amenazaba la huida, se llevó consigo ciertas insignias de aquella sede: a saber, el libro de los Evangelios que fue del bienaventurado Patricio, y un báculo cubierto de oro y adornado de gemas preciosísimas, que llaman el báculo de Jesús, porque el Señor mismo (según cree la gente) lo tuvo en sus manos y lo labró. Y estas cosas son de la mayor dignidad y veneración en aquella nación. Pues son conocidísimas y celebérrimas entre las gentes, y gozan de tal reverencia ante todos, que a quien se vea poseerlas, a ese tiene por obispo el pueblo necio e insensato (Dt 32,6). Andaba el hombre vagabundo y, como otro Satanás, rodeaba la tierra y la recorría (Job 1,7), llevando consigo las sagradas insignias; y mostrándolas por todas partes, por todas partes era acogido gracias a ellas, ganándose con ellas los ánimos de todos y apartando de Malaquías a cuantos podía. Esto, en cuanto a él.

25

Había un príncipe, de los más poderosos de aquella estirpe inicua, al que el rey, antes de salir de la ciudad, había obligado a jurar que guardaría la paz con el obispo, recibiendo de él además muchos rehenes. Este, después de la partida del rey, entró igualmente en la ciudad y tuvo consejo con sus parientes y amigos sobre cómo prender con engaño al santo y matarlo; pero temían al pueblo (Mc 14,1; Lc 22,2). Y conjurándose para dar muerte a Malaquías, fijaron el lugar y el día, y el

traidor les dio una señal (Mt 26,48). Ese mismo día, mientras el prelado celebraba ya en la iglesia las vísperas solemnes con todo el clero y una multitud del pueblo, aquel malvado le envía recado con palabras de paz, con engaño (1 Mac 1,30), rogándole que se dignara bajar a verle para hacer las paces. Respondieron los presentes que más bien debía él venir al obispo; que la iglesia era lugar más apropiado para afianzar la paz: pues habían presentido el engaño. Añaden los enviados que aquello no era seguro para el príncipe: que temía por su cabeza y no se fiaba de las turbas, que pocos días antes casi lo habían matado por causa del obispo. Disputando de este modo, unos para que fuera, otros para que no fuera, el obispo, deseoso de paz y nada temeroso de la muerte, dijo: «Dejadme, hermanos, dejadme imitar a mi Maestro. En vano soy cristiano si no sigo a Cristo. Quizá doblegue al tirano con la humildad; y si no, venzo con todo, mostrando yo, pastor a la oveja, sacerdote al laico, lo que él me debía a mí. Y a vosotros también, en cuanto de mí depende, os edifico no poco con tal ejemplo. Pues ¿qué, si sucede que me matan? No rehúso morir, para que tengáis en mí un ejemplo de vida. Conviene que el obispo, como dice el Príncipe de los obispos, no domine sobre el clero, sino que se haga modelo de la grey (1 Pe 5,3). Y no otro modelo, por cierto, que el que recibimos de aquel que se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Flp 2,8). ¿Quién me concederá dejarlo a mis hijos sellado con mi sangre? Comprobaréis sin duda si vuestro sacerdote aprendió bastante bien de

Cristo a no temer la muerte por Cristo.» Y levantándose, echó a andar, mientras todos lloraban y le suplicaban que no deseara tanto morir por Cristo que dejara desolada una grey tan grande de Cristo.

26

Pero él, poniendo toda su esperanza en el Señor, fue con toda prontitud, acompañado solo de tres discípulos dispuestos a morir con él; y en cuanto, pisado el umbral de la casa, se metió de repente en medio de los hombres armados, protegido él con el escudo de la fe (Ef 6,16), se demudaron los rostros de todos, porque el pavor cayó sobre ellos, de modo que el obispo pudo decir: Los enemigos que me atribulan, ellos mismos flaquearon y cayeron (Sal 27,2). Esta palabra es verdadera. Habrías visto a la víctima en pie, a los verdugos alrededor por todas partes con las manos armadas de hierro: y no había quien la inmolase. Habrías pensado que se les entumecían los brazos: así nadie extendió la mano. Pues aun aquel que parecía cabeza de la maldad se levanta ante él más bien que se levanta contra él. ¿Dónde está, pregunto, oh hombre, la señal que habías dado para la muerte del pontífice? Esto es más bien señal de honor que indicio de muerte. Esto es rendirle deferencia, no darle muerte. ¡Cosa admirable! Ofrecen la paz los que habían preparado la muerte. No hay por qué la rehúse quien la había buscado aun con peligro de su vida. Así, pues, se hizo la paz, y tan firme, que desde aquel día el sacerdote tuvo al enemigo no solo pacificado, sino

sometido, sino devoto. Al saberlo, todos los fieles se alegraron, porque no solo se salvó aquel día la sangre inocente, sino que también las almas de muchos culpables, por los méritos de Malaquías, escaparon hacia la salvación. Y el temor se apoderó de todos en derredor, al oír cómo Dios había abatido así, con súbito poder, a dos de sus enemigos que parecían los más feroces y fuertes de su generación: hablo de este que tenemos entre manos y de aquel de quien hablé más arriba. Pues al uno, terriblemente castigado en el cuerpo, y al otro, misericordiosamente cambiado en el corazón, a ambos los atrapó admirablemente en los designios que tramaban (Sal 10,2).

27

Hecho esto, comenzó ya el obispo a disponer y ordenar en la ciudad con toda libertad todo lo perteneciente a su ministerio, aunque no sin continuo peligro de su vida. Pues aunque ya no había nadie que dañara abiertamente, a causa de los que acechaban no había para el obispo lugar bastante seguro ni tiempo de tregua. Y se le asignaron hombres armados para custodiarlo día y noche; pero él confiaba más en el Señor. Se resolvió, sin embargo, perseguir al cismático ya mencionado, porque con las insignias que llevaba seducía a muchos, persuadiendo a todos de que él debía ser el obispo, y soliviantando así al pueblo contra Malaquías y contra la unidad de la Iglesia. Y así lo hizo; y sin dificultad, en poco tiempo, por la gracia que el Señor le había dado y la que tenía ante todos, le cercó todos los caminos de tal

modo, que aquel malvado se vio obligado a rendirse, devolver las insignias y quedar en adelante tranquilo y en toda sumisión. Así Malaquías, aunque a través de muchos peligros y trabajos, prosperaba de día en día y se fortalecía más y más, abundando en la esperanza y en la virtud del Espíritu Santo (Rom 15,13).

XIII. DIOS CASTIGA A LOS DETRACTORES DE MALAQUÍAS

28

Y no solo castigó Dios a los malhechores de Malaquías, sino también a sus detractores. Uno, por ejemplo, que gozaba del favor de príncipes y poderosos, y aun del mismo rey, por ser adulador, parlanchín y poderoso de lengua, favorecía en todo a los adversarios de Malaquías y defendía con descaro su partido; al santo, cuando estaba presente, le resistía cara a cara (Gál 2,11), y lo denigraba cuando estaba ausente, saliéndole al paso con irreverencia en todo lugar, y sobre todo donde sabía que asistía a las asambleas más concurridas. Pero pronto recibió la paga que merecía su lengua descarada. Se le hinchó y se le pudrió la lengua maldiciente, bullendo de gusanos que se derramaban por toda su boca blasfema; y vomitándolos sin cesar durante casi siete días, al fin escupió con ellos su alma miserable.

29

Hablando una vez Malaquías en público y exhortando al pueblo, una mujer desdichada se

atrevió a interrumpir el sermón con gritos desvergonzados, sin respeto al sacerdote ni al Espíritu que hablaba. Era de la estirpe impía y, con el aliento en la nariz (Is 2,22), vomitaba blasfemias e insultos contra el santo, llamándolo hipócrita e invasor de la herencia ajena, y aun echándole en cara su calvicie. Pero él no le respondió nada, modesto y manso como era; mas el Señor respondió por él. Ella, por juicio del Señor, se volvió loca, y gritando una y otra vez que Malaquías la ahogaba, pagó al fin el pecado de blasfemia con una muerte horrenda. Así la desdichada, al lanzar contra Malaquías el insulto que se dirigió a Eliseo (2 Re 2,23-24), comprobó en sí misma que él era en verdad otro Eliseo.

30

Además, como a causa de una peste que se había declarado en la ciudad había sacado entonces solemnemente fuera de ella a la multitud del clero y del pueblo con las reliquias de los santos, tampoco ha de pasarse por alto que, orando Malaquías, la peste cesó al instante. Desde entonces no hubo ya quien murmurase contra él, pues decían los que son de la raza de Canaán (Dan 13,56): Huyamos de Malaquías, porque el Señor pelea por él (Éx 14,25). Pero tarde llegaba esto: porque el celo del Señor, saliéndoles al paso por todas partes, los persiguió hasta el exterminio. ¡Cómo en pocos días pereció su memoria con estrépito (Sal 9,7)! ¡Cómo quedaron desolados, de repente desaparecieron, perecieron por su iniquidad (Sal 73,19)! Aún hoy causa gran asombro la rápida

desaparición de aquella generación, sobre todo a quienes conocieron su soberbia y su poder. Hubo, en verdad, otros muchos milagros con que Dios glorificó su nombre y confortó a su siervo entre sudores y peligros. ¿Quién podría recordarlos dignamente? No los pasamos, sin embargo, todos por alto, aunque no alcanzamos a contarlos todos. Pero, para no interrumpir el hilo de la narración, reservamos para el final algunas de las cosas que hemos de contar.

XIV. DEVUELTA LA PAZ A LA SEDE METROPOLITANA, RENUNCIA A ELLA

31

Así, pues, Malaquías, en el plazo de tres años, dada su merecida paga a los soberbios (Sal 94,2) y restituida la libertad de la Iglesia, expulsada la barbarie y reformadas por todas partes las costumbres de la religión cristiana, viendo que todo estaba en paz, empezó a pensar también en su propia paz. Y recordando su propósito, puso en su lugar a Gelasio, varón bueno y digno de tal honor, con la conformidad del clero y del pueblo, o más bien con su resignación a causa del pacto. Pues de otro modo les pareció del todo duro. Consagrado este, y encomendado con todo cuidado a los reyes y príncipes, él, ilustre por sus milagros y triunfos, vuelve a su diócesis, aunque no a Connor. Y oye la causa, digna de referirse. Se dice que aquella diócesis tuvo antiguamente dos sedes episcopales, y que hubo dos obispados. Esto le pareció mejor a Malaquías. Así, lo que la ambición había fundido

en uno, Malaquías lo devolvió a dos, cediendo una parte a otro obispo y reteniendo otra para sí. Y por eso no vino a Connor, porque ya había ordenado allí un obispo, sino que se trasladó a Down, separando las diócesis como en los días antiguos. ¡Oh corazón puro! ¡Oh ojo de paloma! Dio al nuevo obispo el lugar que parecía mejor dotado y que se tenía por más principal: el lugar en que él mismo se había sentado. ¿Dónde están los que pleitean por los linderos, sosteniendo enemistades perpetuas unos con otros por una aldehuela? No sé si aquel antiguo vaticinio toca a algún género de hombres más que a estos: Abrieron en canal a las preñadas de Galaad para ensanchar sus fronteras (Am 1,13). Pero de esto, en otra ocasión.

32

Hecho obispo de Down, Malaquías, según su costumbre, procuró al punto reunir junto a sí, para su consuelo, una comunidad de clérigos regulares de entre sus hijos. Y he aquí que de nuevo se ciñe, como nuevo recluta de Cristo, para el combate espiritual; de nuevo se reviste de las armas poderosas para Dios (2 Cor 10,4): la humildad de la santa pobreza, el rigor de la disciplina cenobítica, el ocio de la contemplación, la asiduidad en la oración; cosas todas que, sin embargo, pudo mantener largo tiempo más con el deseo que con la obra. Pues acudían a él todos: no solo la gente sencilla, sino también nobles y poderosos se apresuraban a confiarse a su sabiduría y santidad para ser instruidos, corregidos y gobernados.

Y él mismo, de cuando en cuando, salía a sembrar su semilla (Lc 8,5), disponiendo y decidiendo con toda autoridad en los asuntos eclesiásticos, como uno de los apóstoles. Y nadie le decía: ¿Con qué autoridad haces esto? (Mt 21,23), pues todos veían las señales y prodigios que hacía; y porque donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad (2 Cor 3,17).

XV. DECIDE IR A ROMA PARA PEDIR EL PALIO AL PONTÍFICE

33

Le pareció, sin embargo, que no era bastante seguro hacer todo esto sin la autoridad de la Sede Apostólica, y decidió ir a Roma; sobre todo porque a la sede metropolitana le faltaba todavía, y le había faltado desde el principio, el uso del palio, que es la plenitud del honor. Y le pareció bien a sus ojos que la Iglesia por la que tanto había trabajado adquiriera, con su empeño y su trabajo, lo que hasta entonces no había tenido. Había además otra sede metropolitana, que Celso había constituido de nuevo, sujeta, con todo, a la primera sede y a su arzobispo, como primado. Y también para esta deseaba Malaquías el palio, y que se confirmara con la autoridad de la Sede Apostólica la prerrogativa que había merecido alcanzar por beneficio de Celso. Al conocerse su propósito, desagradó a los hermanos, y también a los magnates y al pueblo de la tierra. Pues todos juzgaban insoportable una ausencia tan larga del piadoso padre de todos, y temían por su vida.

34

Sucedió entretanto que murió su hermano, llamado Cristián, varón bueno, lleno de gracia y de virtud. Era obispo, inferior a él, sin duda, en celebridad, pero quizá no desigual en santidad de vida y celo de la justicia. Su muerte atemorizó aún más a todos, e hizo más penosa la partida de Malaquías. Decían que de ningún modo había que consentir en el viaje del único patrono que les quedaba, para que no quedase desolada toda la tierra privada a un mismo tiempo de dos columnas tan grandes. Así que todos a una se oponen. Y le hacían fuerza, cuando él les amenazó con la venganza divina. No desistieron, sin embargo, hasta que, echadas suertes, se consultó antes la voluntad de Dios sobre el asunto. Aunque él lo prohibió, las echan igualmente; pero se halló que la suerte había respondido tres veces a favor de Malaquías. Pues no se contentaron con una vez, deseosos como estaban de retenerlo. Al fin, cediendo, lo dejan partir, aunque no sin mucho llanto y gemido. Pero, para no dejar nada imperfecto, empezó a tratar de cómo suscitar descendencia a su hermano difunto (Mt 22,24). Y llamando a tres de sus discípulos, andaba ansioso y dudoso sobre cuál de ellos parecía más digno o más útil para esta obra. Y mirando atentamente a cada uno: «Tú, Edán —dijo (pues así se llamaba uno de ellos)—, toma la carga.» Como él vacilara y llorara, le dijo: «No temas: tú me has sido señalado por el Señor, pues ya he visto en tu dedo el anillo de oro con que has de desposarte.» Él acce-

dió, y Malaquías, una vez consagrado, emprende el viaje.

35

Y habiendo salido de Escocia y llegado a York, un sacerdote llamado Sícaro, al mirarlo, lo reconoció. No es que hubiera visto antes su rostro, sino que, como tenía espíritu de profecía, se le había revelado tiempo atrás acerca de él. Y ahora, sin vacilar, señalándolo con el dedo a los presentes, dijo: «Este es aquel de quien yo había dicho que vendría de Irlanda un santo pontífice que conoce los pensamientos de los hombres.» Así no pudo ocultarse la lámpara bajo el celemín (Mt 5,15), pues la descubrió por boca de Sícaro el Espíritu Santo que la había encendido. Pues Sícaro le dijo también muchas cosas secretas sobre él y los suyos, y él reconoció que todas eran o habían sido así. Y al preguntarle los compañeros de Malaquías por su regreso, respondió Sícaro sin vacilar (lo que después probó el desenlace) que muy pocos de aquel número volverían con el obispo. Ellos, al oírlo, sospecharon la muerte; pero Dios lo cumplió de otro modo. Pues, de regreso de Roma, dejando a algunos entre nosotros y a otros en otros lugares para aprender la forma de vida religiosa, volvió a su patria, conforme a la palabra de Sícaro, con muy pocos. Esto, en cuanto a Sícaro.

36

En la misma ciudad de York se le acercó un hombre noble según el siglo, llamado Waltheof, entonces prior de los hermanos regulares de Kirkham, y ahora monje y padre de monjes en el monasterio de Melrose, de nuestra orden, el cual se encomendó devota y muy humildemente a las oraciones de Malaquías. Advirtiendo que el obispo tenía muchos compañeros y pocos caballos (pues, además de los sirvientes y otros clérigos, iban con él cinco presbíteros, y caballos no había más que tres), le ofreció el suyo, en el que él mismo montaba, diciendo que solo le apenaba que fuese un rocín de paso duro. Y añadió: «Con más gusto lo habría dado si fuera mejor; pero, si os dignáis, llevadlo con vosotros, sea como sea.» «Y yo —dijo el obispo— lo acepto con tanto más gusto cuanto más ruin lo pregonas: pues no puede ser ruin para mí nada que haya ofrecido una voluntad tan preciosa.» Y volviéndose a los suyos: «Ensilladme este —dijo—, porque es bastante cómodo y servirá por mucho tiempo.» Hecho esto, montó; y al principio lo sintió duro, como era, pero después, por un cambio admirable, lo halló muy cómodo y de paso suave. Y para que no cayera en tierra ninguna de las palabras (1 Sam 3,19) que había dicho, no le faltó hasta el año noveno, en que él mismo murió, convertido en un palafrén excelente y preciosísimo. Y, lo que hizo más evidente el milagro a quienes lo veían, de negruzco empezó a blanquear, y poco después apenas se hallaba otro más blanco que él.

XVI. CAMINO DE ROMA, Y A SU REGRESO, VISITA CLARAVAL

37

También a mí me fue concedido en este viaje ver a aquel varón, y con su vista y su palabra quedé confortado, y me deleité como en todas las riquezas (Sal 119,14). Y yo a mi vez, aunque pecador, hallé gracia a sus ojos desde entonces y en adelante hasta su muerte, como dije en el prefacio. Él también se dignó desviarse a Claraval, y al ver a los hermanos se sintió conmovido; y ellos quedaron no poco edificados con su presencia y su palabra. Y acogiendo el lugar y a nosotros, y guardándonos en lo más íntimo de sus entrañas, se despidió de nosotros y se fue. Pasando los Alpes, al llegar a Ivrea, ciudad de Italia, sanó al punto al hijito de su huésped, que estaba enfermo y a punto de morir.

38

Ocupaba por entonces la Sede Apostólica el papa Inocencio II, de feliz memoria, que lo acogió benignamente, compadeciéndose con mucha humanidad de su largo peregrinaje. Y lo primero que Malaquías imploraba con muchas lágrimas, cosa que tenía clavada en lo más hondo del alma, era que se le permitiera vivir y morir en Claraval, con licencia y bendición del sumo Pontífice. Y pedía esto no olvidando a qué había venido, sino movido por el deseo de Claraval con que había venido. Pero no lo obtuvo, porque el Apos-

tólico juzgó que aquel varón debía emplearse más bien en ganancias más abundantes. Con todo, no quedó del todo frustrado en el deseo de su corazón, pues se le concedió morir allí, ya que no vivir. Pasó un mes entero en Roma, recorriendo los santos lugares y frecuentándolos para orar. Y como durante ese tiempo el sumo Pontífice le hubiera preguntado a menudo y con diligencia, a él y a los que lo acompañaban, por el estado de su patria, las costumbres de la gente, la situación de las iglesias y cuán grandes cosas había obrado Dios por medio de él en aquella tierra, cuando se disponía ya a volver le confió sus veces, nombrándolo legado para toda Irlanda. Pues el obispo Gilberto, que, como recordamos arriba, había sido hasta entonces legado, le había hecho saber que ya no podía desempeñar el cargo por la vejez y la debilidad del cuerpo. Después de esto, pide Malaquías que se confirme la constitución de la nueva metrópoli y que se le den los palios de ambas sedes. El privilegio de confirmación lo recibió enseguida. «Pero en cuanto a los palios —dijo el sumo Pontífice—, conviene obrar con más solemnidad. Convocados los obispos, los clérigos y los principales de la tierra, celebrarás un concilio general; y así, con el consentimiento y el voto común de todos, pediréis el palio por medio de personas honorables, y se os dará.» Luego, quitándose la mitra de la cabeza, se la puso a él en la suya; y le dio también la estola con el manípulo que solía usar al ofrecer el sacrificio. Y saludándolo con el ósculo de paz, lo despidió, fortalecido con la bendición y la autoridad apostólicas.

39

Y regresando por Claraval, nos otorgó por segunda vez su bendición. Y exhalando hondos suspiros porque no le era lícito quedarse, como deseaba: «A estos —dijo—, os ruego que los retengáis entretanto en mi lugar, para que aprendan de vosotros lo que después nos enseñen a nosotros.» Y añade: «Serán para nosotros semilla, y en esta semilla serán bendecidas las naciones (Gén 22,18), también aquellas naciones que desde antiguo oyeron, sí, el nombre de monje, pero no vieron un monje.» Y dejando a cuatro de su séquito, partió; y ellos, probados y hallados dignos, se hicieron monjes. Algún tiempo después, estando ya el santo en su tierra, envió a otros, y con ellos se hizo lo mismo. Instruidos durante algún tiempo y formados de corazón en la sabiduría, les dimos por padre al santo hermano Cristián, que era uno de ellos, y los enviamos, añadiéndoles de los nuestros cuantos bastaban para completar el número de una abadía. La cual concibió y dio a luz cinco hijas; y así, multiplicada la semilla, crece de día en día el número de los monjes, conforme al deseo y al vaticinio de Malaquías. Ahora retomemos el orden de la narración.

XVII. DIVERSAS CURACIONES OBRADAS POR ÉL

40

Malaquías, partiendo de nosotros, llegó felizmente a Escocia. Y encontró al rey David, que

todavía hoy vive, en uno de sus castillos; su hijo estaba enfermo de muerte. Entró a verle, fue recibido con honor por el rey y humildemente rogado que sanara a su hijo; roció al joven con agua que había bendecido y, mirándolo, le dijo: «Ten confianza, hijo, esta vez no morirás.» Lo dijo, y al día siguiente, conforme a la palabra del profeta, siguió la salud, y a la salud la alegría del padre, y el clamor y el bullicio de toda la familia exultante. La noticia llegó a todos: pues no podía ocultarse lo que había ocurrido en la casa real y al hijo del rey. Y he aquí que por todas partes resonaban la acción de gracias y la voz de alabanza, tanto por la salud de su señor como por la novedad del milagro. Es Enrique: pues vive todavía, hijo único de su padre, caballero valiente y prudente, que sale a su padre, según dicen, en el seguimiento de la justicia y en el amor a aquel varón. Y ambos amaron a Malaquías mientras vivió, como a quien había devuelto de la muerte al hijo. Le rogaban que se quedara algunos días; pero él, rehuyendo la gloria, no consintió en demorarse, y de mañana prosiguió su camino. Al pasar por una aldea llamada Crugeldum, le salió al encuentro una muchacha muda. Orando él, se soltó la atadura de su lengua, y hablaba correctamente (Mc 7,35). Después, entrando en una aldea que llaman Iglesia de San Miguel, curó delante de todo el pueblo a una mujer frenética que le presentaron atada con cuerdas, y, despedida ya sana, prosiguió su camino. Llegado al puerto de Laperasperi, esperó allí algunos días la travesía; pero la espera no transcurrió ociosa en absoluto. Entretanto se

construye un oratorio de varas entretejidas a modo de seto, ordenándolo él y trabajando a la vez en ello. Terminado, lo rodeó de un vallado y bendijo el espacio interior como cementerio. Los méritos de quien lo bendijo los declaran bien los milagros que, según se dice, se obran allí hasta hoy.

41

De ahí que de los lugares vecinos suelan llevar allí a los enfermos y dolientes, y muchos sanan. Una mujer con todos los miembros paralizados, llevada allí en un carro, volvió a casa por su pie, tras esperar no en vano, una sola noche, la misericordia del Señor en el lugar santo. Otra pasaba allí la noche en oración, cuando un hombre bárbaro, encontrándola casualmente sola, encendido de lujuria y fuera de sí, se lanzó sobre ella enfurecido. Ella, volviéndose y temblando, alzó la vista y advirtió que el hombre estaba lleno de un espíritu diabólico: «¡Eh, tú, desgraciado! —dijo —, ¿qué haces? Mira dónde estás, respeta estas cosas santas, ten respeto a Dios, ten respeto a su siervo Malaquías, y ten piedad también de ti mismo.» Él no desistió, agitado por inicuas furias. Y he aquí (cosa horrible de decir) que un animal venenoso e hinchado, que llaman sapo, se vio salir arrastrándose de entre los muslos de la mujer. ¿Para qué más? Aterrado, el hombre saltó hacia atrás y, a grandes brincos, salió a toda prisa del oratorio. Él se fue confundido, y ella quedó intacta, por un gran milagro de Dios y por el mérito de Malaquías. Y con razón, en una obra fea y abominable intervino un monstruo feo y abomi-

nable. No convenía en modo alguno que la lujuria bestial se apagase de otro modo que por medio de un frigidísimo reptil, ni que la temeraria osadía se refrenase y su intento se frustrase de otro modo que por medio de un animalejo vil e inútil. Y basten para este lugar estos pocos de entre muchos: prosigamos ahora con lo demás.

XVIII. DE VUELTA A SU PATRIA, SE ENTREGA POR ENTERO AL CUIDADO PASTORAL Y A LA REFORMA

42

Subió Malaquías a la nave y, navegando felizmente, arribó a su monasterio de Bangor, para que sus primeros hijos recibieran la primera gracia. ¿Qué crees que sintieron ellos al recobrar sano de tan largo viaje a su padre, y a tal padre? No es de extrañar que sus entrañas se derramaran enteras en gozo a su regreso, cuando el rápido rumor llevó pronto una alegría increíble aun a los pueblos extraños de los alrededores. En fin, de las ciudades, de los castillos y de las aldeas le salen al encuentro; y adondequiera que se dirige, es recibido con el júbilo de toda la tierra. Pero el honor no le sabe a nada. Se ejerce la obra de la legación: en muchos lugares se celebran muchas asambleas, para que ninguna región, ni porción de región, quede privada del fruto y provecho de la legación. Siembra junto a todas las aguas (Is 32,20): no hay quien se esconda de la obra de su solicitud. No se tiene en cuenta sexo, ni edad, ni condición, ni estado. Por todas partes se esparce

la semilla saludable, por todas partes truena la trompeta celestial. Por todas partes corre, por todas partes irrumpe, desenvainada la espada de la lengua, para tomar venganza de las naciones y castigar a los pueblos (Sal 149,7). Su terror está sobre los que obran el mal. Clama a los inicuos: No obréis inicuamente; y a los pecadores: No levantéis el cuerno (Sal 75,5). La religión se planta, se propaga y se fomenta por todas partes. Sus ojos están sobre ellos, y su cuidado atiende a sus necesidades. En los concilios que se celebran aquí y allá se restablecen las antiguas tradiciones que constaba que habían sido buenas, pero que se habían abolido por negligencia de los sacerdotes. Y no solo se restauran las antiguas, sino que se forjan también nuevas; y todo lo que él promulgaba se aceptaba como venido del cielo, se guardaba y se ponía por escrito para memoria de los venideros. ¿Cómo no habían de creerse enviadas del cielo, si tantos milagros celestiales las confirman? Y para dar crédito a lo dicho, tocaré brevemente algunos. Pues ¿quién podría enumerarlos todos? Aunque, lo confieso, de mejor gana me detendría en lo que se ha de imitar que en lo que se ha de admirar.

XIX. SEÑALES DE SUS VIRTUDES, Y COSTUMBRES DIGNAS DE UN VERDADERO PRELADO

43

Y a mi juicio, el primero y mayor milagro que hizo fue él mismo. Pues, por no hablar de su hom-

bre interior, cuya belleza, fortaleza y pureza mostraban bien sus costumbres y su vida, al hombre exterior lo condujo siempre de un mismo modo, y este modestísimo y decorosísimo, de suerte que no aparecía en él absolutamente nada que pudiera ofender a quienes lo miraban. Y en verdad, el que no falta en palabra, ese es varón perfecto (Sant 3,2). Pero en Malaquías, ¿quién sorprendió jamás, por curiosamente que lo observase, no digo ya una palabra ociosa, sino un gesto ocioso? ¿Quién lo vio mover en vano la mano o el pie? Más aún, ¿qué había en su andar, en su mirada, en su porte, en su semblante, que no edificase? En fin, la alegría de su rostro ni la oscureció la tristeza ni la volvió liviana la risa. Todo en él era disciplinado, todo señal de virtud, modelo de perfección. Serio en todo, pero no austero. Distendido a veces, disoluto nunca. No descuidaba nada, aunque según el momento disimulaba mucho. Sosegado a menudo, pero ocioso jamás. Desde el primer día de su conversión hasta el fin de su vida vivió sin nada propio. No tuvo siervos, ni siervas, ni fincas, ni aldeas, ni, en fin, renta alguna, eclesiástica o seglar, ni siquiera en el obispado mismo. A la mesa episcopal no se le había constituido ni asignado absolutamente nada de que pudiera vivir el obispo. Pues ni siquiera tuvo casa propia. Andaba casi sin cesar recorriendo todas las parroquias, sirviendo al Evangelio y viviendo del Evangelio, como el Señor se lo estableció al decir: Digno es el obrero de su salario (Lc 10,7). Salvo que, con mayor frecuencia, predicando gratuitamente el Evangelio (1 Cor 9,18), sacaba de sus propios

trabajos y de los de los suyos con qué sustentarse a sí y a los que trabajaban con él en la obra del ministerio. Y si alguna vez era preciso descansar, lo hacía en los lugares santos que él mismo había sembrado por toda Irlanda; y con quienes le placía detenerse, se conformaba a sus costumbres y observancias, contento con la vida y la mesa comunes. No había nada en su comida, nada en su vestido, por lo que pudiera distinguirse a Malaquías entre los demás hermanos: hasta tal punto, siendo mayor, se humilló en todo.

44

En fin, cuando salía a predicar, iba también él a pie con los que iban a pie, obispo y legado como era. Esta es la forma apostólica: y tanto más admirable en Malaquías cuanto más rara en los demás. Verdadero heredero de los apóstoles es, en verdad, el que obra así. Pero conviene advertir cómo reparte la herencia con sus hermanos, igualmente descendientes de los apóstoles. Ellos dominan sobre el clero; él, siendo libre respecto de todos, se hizo siervo de todos (1 Cor 9,19). Ellos, o comen sin evangelizar, o evangelizan para comer; Malaquías, imitando a Pablo, come para evangelizar. Ellos tienen por piedad el fasto y la ganancia; Malaquías reivindica como herencia el trabajo y la carga. Ellos se creen felices si han ensanchado sus fronteras; Malaquías se gloría en ensanchar la caridad. Ellos recogen en graneros y llenan toneles con que cargar sus mesas; Malaquías recoge en los desiertos y soledades con que llenar los cielos. Ellos, aunque reciben diezmos,

primicias y ofrendas, y además, por merced del César, peajes, tributos y otras rentas sin cuento, andan con todo preocupados por qué comerán y qué beberán (Mt 6,31); Malaquías, sin tener nada de esto, enriquece sin embargo a muchos con la despensa de la fe. Para ellos no hay fin ni de la codicia ni de la preocupación; Malaquías, que nada desea, no sabe sin embargo preocuparse del mañana (Mt 6,34). Ellos exigen a los pobres lo que dan a los ricos; él solicita a los ricos para sustentar a los pobres. Ellos vacían las bolsas de sus súbditos; él colma los altares de votos y de sacrificios pacíficos por los pecados de ellos. Ellos levantan altos palacios, alzan torres y murallas hasta el cielo; Malaquías, no teniendo dónde reclinar la cabeza (Mt 8,20), hace la obra de evangelista (2 Tim 4,5). Ellos montan a caballo con una turba de hombres que comen de balde un pan que no es suyo; Malaquías, rodeado de un colegio de santos hermanos, recorre a pie las tierras llevando el pan de los ángeles (Sal 78,25) con que saciar las almas hambrientas. Ellos ni siquiera conocen a su pueblo; él lo instruye. Ellos honran a los poderosos y a los tiranos; él los castiga. ¡Oh varón apostólico, a quien ennoblecen tantas y tales señales de su apostolado! ¿Qué tiene, pues, de extraño que obrara maravillas, siendo él mismo tan admirable? Mejor dicho, no él, sino Dios en él. Pues, como dice: Tú eres el Dios que obras maravillas (Sal 77,15).

XX. LIBRA A LOS ENERGÚMENOS ATORMENTADOS POR LOS DEMONIOS

45

Había en la ciudad de Coleraine una mujer que tenía un demonio. Llamaron a Malaquías; ora por la poseída, acosa al invasor; sale. Pero, no saciada todavía su maldad, invade a una pobre mujercita que por casualidad estaba cerca. Y Malaquías dijo: «No te quité a aquella para que te apoderaras de esta: sal también de ella.» Obedece, pero vuelve a la primera. Expulsado de nuevo de ella, corre otra vez a la otra. Así, durante algún tiempo, las atormentaba alternativamente, refugiándose ya en una, ya en otra. Entonces el santo, indignado de que un demonio se burlara de él, recogiendo su espíritu, se estremeció, y lanzándose contra el adversario con todas las fuerzas de la fe, lo ahuyentó de ambas; y por cierto, no menos atormentado que las que él había atormentado. Pero no pienses, lector, que la demora del santo se debió a su poder, sino a la disposición divina: para que con ello se hiciesen más manifiestas tanto la presencia del maligno como la victoria de Malaquías. En fin, oye lo que hizo en otro lugar, y no con su presencia. Y sin duda pudo estando presente lo que pudo estando ausente.

46

En una región de la parte septentrional de Irlanda yacía enfermo un hombre en una casa, sin duda por maleficio de los demonios. Pues una noche los oyó hablar, diciendo uno al otro: «Cuida de que este desgraciado no toque el lecho o la paja de aquel hipócrita, y así se escape de nuestras

manos.» Comprendió el hombre que hablaban de Malaquías, que, según recordaba, había pernoctado no mucho antes en aquella misma casa. Y la paja estaba aún en su sitio: cobrando confianza, y con el esfuerzo que pudo, comenzó a arrastrarse, débil de cuerpo, pero fuerte en la fe. Y he aquí en el aire un griterío y un vocerío: «¡Detenlo, detenlo; sujétalo, sujétalo: perdemos la presa!» Pero él, a quien llevaban la fe y el deseo de escapar, cuanto más gritaban ellos, tanto más se esforzaba con rodillas y manos y se apresuraba hacia el remedio. Y llegando, subió al lecho, se revolcó en la paja, y oyó el aullido de los que se lamentaban: «¡Ay, ay! Nosotros mismos nos hemos delatado, nos han burlado, se ha escapado.» Y en menos que se dice, se apartó de él el terror y el espanto de los demonios que padecía, y toda su enfermedad a la vez. En la ciudad de Lismore, un hombre atormentado por un demonio fue liberado por Malaquías. Asimismo, pasando una vez por Leinster, le presentaron un niño que tenía un demonio, y lo devolvieron sano. En la misma región mandó desatar a una frenética atada con cuerdas y lavarla en agua que había bendecido. Fue lavada, y fue sanada. A otra también, en Saul, en la región de Ulidia, que se desgarraba los miembros con los dientes, la curó orando y tocándola. A un demente que predecía muchas cosas futuras lo traen al hombre de Dios sus amigos y parientes, fuertemente atado con cuerdas, porque la misma rabia lo había hecho fuerte para dañar, y muy temible. Ora Malaquías, y al instante el enfermo es sanado y desatado. Esto sucedió en cierto lugar

cuyo nombre callamos, porque suena demasiado bárbaro, como otros muchos. En otra ocasión, en la ya mencionada ciudad de Lismore, unos padres le presentan, en medio de la calle, al pasar, a su hija muda, rogándole con mucha súplica que se dignara socorrerla. Se detiene Malaquías y, hecha oración, tocándole la lengua con el dedo, le puso saliva en la boca y la despidió hablando.

XXI. FAVORES CONCEDIDOS A MORIBUNDOS Y A PARTURIENTAS

47

Saliendo de una iglesia, le salió al paso un hombre con su mujer, que no podía hablar. Rogado que se compadeciera de ella, se detiene en la puerta, con el pueblo alrededor, y, dada sobre ella la bendición, le manda decir la oración dominical. Ella la dijo, y el pueblo bendijo al Señor. En la ciudad llamada Antrim, un rico que yacía en cama, privado ya desde hacía doce días del uso de la lengua, recobra el habla por mandato del santo que lo visitaba, recibe la eucaristía y, así fortalecido, exhala el último aliento en buena confesión. ¡Oh olivo fructífero en la casa de Dios (Sal 52,10)! ¡Oh óleo de alegría (Sal 45,8), que unge y que alumbra! Con el esplendor del milagro iluminó a los sanos, y con la suavidad del beneficio ungió al enfermo, a quien, estando para morir, alcanzó la saludable posibilidad de confesarse y comulgar. Entró a verle uno de los nobles, que tenía algo que decirle. Este, mientras hablaba, lleno de fe, hurtó piadosamente tres juncos del lecho en que aquel

estaba sentado y se los llevó consigo: y Dios obró muchas cosas por aquel hurto de piedad, gracias a la fe de él y a la santidad del prelado. Había llegado por casualidad a una ciudad llamada Duevania. Y estando sentado a la mesa, entró un noble de la misma ciudad y suplicó humildemente por su esposa encinta, que había pasado ya todo el tiempo normal del parto, de modo que todos se maravillaban; y no había nadie que creyera que la amenazaba otra cosa que peligro de muerte. Ruega con él también Nehemías, obispo de aquella ciudad, que estaba sentado a su lado; ruegan también todos los demás que estaban juntos a la mesa. Entonces él dijo: «Me compadezco de ella, porque es mujer buena y casta.» Y alargando al marido una copa que había bendecido: «Ve —dijo—, dale de beber, sabiendo que, tomada la bebida de la bendición, dará a luz sin tardanza y sin peligro.» Se hizo lo que mandó, y esa misma noche siguió lo que prometió. Estaba sentado en el campo con el conde de Ulidia tratando algunos asuntos, y una gran muchedumbre los rodeaba. Llegó una mujer encinta, y en verdad bien cargada. Declara que, contra todas las leyes de la naturaleza, lleva retenido el parto desde hace quince meses y veinte días. Compadecido Malaquías de tan extraño e inaudito trance, ora, y la mujer da a luz. Los presentes se alegraron y se maravillaron. Pues todos vieron con qué facilidad y rapidez dio a luz en aquel mismo lugar, y cómo el triste peligro del parto negado se trocó por milagro en otro más alegre.

XXII. ANUNCIA LA PERDICIÓN A UN CONCUBINARIO OBSTINADO

48

Ocurrió allí mismo algo de milagro igual, pero de suerte desigual. Vio a un hombre de quien se decía que tenía públicamente a la concubina de su hermano; y era un caballero, servidor del conde. Y reprendiendo públicamente al incestuoso, se le mostró como otro Juan: «No te es lícito —le dijo— tener la concubina de tu hermano (Mc 6,18).» Pero él, haciendo a su vez de otro Herodes, no solo no lo escuchó, sino que le respondió con soberbia, y jura delante de todos que nunca la dejará. Entonces Malaquías, conmovido, celoso como era en extremo de la justicia: «Pues que Dios —dijo— te separe de ella aun contra tu voluntad.» Él, teniéndolo en poco, se marchó al punto lleno de indignación. Y encontrando a una mujer que estaba no lejos de la multitud, la violentó por la fuerza, entregado como estaba por entero a Satanás, a quien poco antes había sido entregado. Y no quedó oculta la infamia. La criada que acompañaba a su señora, corriendo a casa (pues no estaba lejos del lugar), anuncia jadeante el mal que había sucedido. A esta voz, los hermanos de ella, que estaban en casa, celosos por el estupro de su hermana, vuelan allá a toda prisa y, sorprendiendo al enemigo de la castidad en el lugar mismo y en el acto del crimen, lo matan atravesado de muchas heridas. Aún no se había disuelto la asamblea cuando he aquí que su escudero anunció lo sucedido. Y todos se maravillaron

de que la sentencia de Malaquías hubiera tenido tan rápido efecto. Todos los malvados, al oír esto, temieron (pues había muchos en la tierra), y aterrados se purificaron, lavando sus manos en la sangre del pecador (Sal 58,11).

XXIII. DIVERSAS CURACIONES CONCEDIDAS A DIVERSAS PERSONAS

49

Al conde Diarmait, que yacía en cama desde hacía mucho tiempo, lo reprendió duramente por ser mal hombre, entregado sin medida al vientre y a la gula; y rociado con agua bendita, lo hizo levantarse sin demora, tan vigoroso que montó al punto a caballo, y ciertamente contra toda esperanza suya y de los suyos. En la ciudad de Cashel se presentó ante él un hombre con un hijo paralítico, rogándole que lo sanara; y él, orando brevemente, dijo: «Ve, tu hijo sanará.» Se va, y al día siguiente vuelve con el hijo, pero en absoluto sanado. Entonces Malaquías, levantándose y de pie junto a él, oró largo rato, y el muchacho quedó sano. Y volviéndose al padre: «Ofrécelo a Dios», le dijo. Asintió el hombre, pero no cumplió; y al cabo de algunos años el muchacho, ya joven, recayó en lo mismo, sin duda por la desobediencia del padre y la transgresión del pacto. Otro, venido de lejos, estando Malaquías en los confines de Munster, le trajo a su hijo, privado por completo del uso de los pies. Preguntado de qué modo le había sobrevenido aquello: «Según sospecho —dijo—, por la malignidad de los demonios.» Y

añade: «Mientras jugaba en un prado, si no me engaño, le infundieron un sopor, y al despertar, el niño se encontró así.» Diciendo esto, derrama con lágrimas su súplica e implora ayuda. Compadecido de él, oró Malaquías, mandando al enfermo que entretanto durmiera allí mismo sobre el suelo. Durmió, y se levantó sano. Y como había venido de lejos, lo retuvo algún tiempo en su compañía, y el muchacho andaba con él.

50

En el monasterio de Bangor se sustentaba un pobre con las limosnas de los hermanos. Recibía cada día su ración, haciendo algún oficio en la tahona. Cojo desde hacía doce años, arrastrándose por el suelo con las manos, llevaba tras de sí los pies muertos; y un día Malaquías, encontrándolo triste y afligido delante de su celda, le pregunta la causa. Y él dijo: «Ves cuánto tiempo hace que, pobre de mí, estoy afligido, y la mano del Señor está sobre mí (Job 19,21); y he aquí que, para colmo de desdicha, los hombres que debieran compadecerse se burlan más bien de mí, echándome en cara mi miseria.» Al oírlo, movido de piedad, alzó los ojos al cielo, levantando a la vez las manos. Y hecha una breve oración, él entró en la celda, y el otro se levantó. Y de pie sobre sus pies, se preguntaba si era verdad lo que casi había creído un sueño. Comenzó, sin embargo, a moverse poco a poco: pues no acababa de creer que pudiera andar. Por fin, como despertando de un sueño pesado, reconoce la misericordia del Señor sobre él; camina con firmeza y vuelve a la

tahona, saltando y exultando y alabando a Dios (Hch 3,8). Al verlo, los que antes lo habían visto y conocido se llenaron de estupor y de asombro, creyendo que era un fantasma. Asimismo, sanó con su oración a un hidrópico, que se quedó al punto en el monasterio, hecho pastor de las ovejas.

51

Una ciudad de Irlanda llamada Cork estaba sin obispo. Se trató de la elección: discreparon los bandos, queriendo cada uno, como suele suceder, poner un prelado suyo, no de Dios. Llegó allí Malaquías, al saber de la discordia. Convocados el clero y el pueblo, procuró unir también los corazones y los deseos de los que discordaban. Y persuadidos de que todo el asunto debía confiársele a él, a quien incumbía principalmente el cuidado de aquella iglesia, como de las demás de Irlanda, les nombra al punto no a alguno de los nobles de la tierra, sino más bien a un hombre pobre, al que sabía santo y docto: y era extranjero. Se le busca; anuncian que yace en cama, y tan débil, que de ningún modo puede salir si no es llevado en brazos de los que le atienden. Y Malaquías dijo: «Levántese en el nombre del Señor, yo se lo mando: la obediencia lo sanará.» ¿Qué iba a hacer él? Quería obedecer, pero se sentía incapaz: pues, aunque pudiera andar, temía ser hecho obispo. Así, luchando contra su voluntad de obedecer un doble enemigo, el peso de la enfermedad y el temor del honor, venció ella, sin embargo, ayudada por la esperanza de la salud. Así, pues, lo intenta,

se mueve, prueba sus fuerzas, y se encuentra más fuerte que de costumbre. Crece a la par la fe con las fuerzas, y la fe, hecha a su vez más fuerte, da a las fuerzas nuevo incremento. Ya puede levantarse por sí mismo, ya andar algo mejor, ya no siente cansancio al caminar; por fin, suelto y animoso, llega hasta Malaquías sin ayuda de nadie. Y él, tomándolo, lo puso en la cátedra, entre las alabanzas del clero y del pueblo. Esto se hizo así en paz, porque ni ellos se atrevieron a oponerse en nada a la voluntad de Malaquías, viendo el milagro que había hecho, ni él dudó en obedecer, más seguro ya de la voluntad del Señor por una prueba tan evidente.

52

Una mujer padecía flujo de sangre; era noble, y muy querida de Malaquías, aunque más por la nobleza de sus costumbres que por la de su linaje. Desfalleciendo del todo, agotadas sin duda las fuerzas con la sangre, puesta ya en el trance final, mandó recado al hombre de Dios para que socorriera su alma en lo que quedaba, ya que no había de verlo más en el cuerpo. Al oírlo Malaquías, lo sintió vivamente, porque era mujer de virtud, y su vida fructuosa por sus obras y su ejemplo. Y viendo que no podía acudir a tiempo, llamó a Malco, porque era joven y ligero (es aquel de quien hicimos mención más arriba, hermano del abad Cristián), y le dijo: «Date prisa, llévale estas tres manzanas, sobre las que he invocado el nombre del Señor. Confío en él en que, cuando las haya probado, no gustará la muerte (Mc 9,1) antes de

vernos, aunque nosotros la sigamos un poco más tarde.» Se apresura Malco conforme al mandato y, llegando, entra donde estaba la moribunda, mostrándose otro criado de Eliseo (2 Re 4,29), salvo que su servicio fue más eficaz. Le pide que reciba la bendición que le envía Malaquías y que la pruebe, si de algún modo puede. Y ella, reanimada al oír el nombre de Malaquías, para poder obedecer, indica con un gesto que quiere que la incorporen un poco; pues de palabra no podía. La incorporan, prueba; y probado, se reanima, habla y da gracias. Y el Señor infundió en ella un sopor (Gén 2,21), y descansó dulcísimamente en él, de cuyo uso había carecido largo tiempo, como también del alimento. Entretanto se detuvo la sangre, y al despertar al poco rato se halló sana, salvo que aún estaba débil por el largo ayuno y la pérdida de sangre. Si algo faltaba, lo completaron al día siguiente la deseada llegada y la vista de Malaquías.

XXIV. RESUCITA A UNA MUJER MUERTA SIN EL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

53

Vivía un noble en la vecindad del monasterio de Bangor, y como su esposa enfermara de muerte, rogaron a Malaquías que bajara a ungir con óleo a la enferma antes de que muriese. Bajó y entró donde ella estaba; y al verlo, ella se llenó de júbilo, animada por la esperanza de la salud. Y cuando se disponía a ungirla, a todos les pareció mejor diferirlo hasta la mañana. Pues era ya de

tarde. Accedió Malaquías y, tras dar su bendición sobre la enferma, salió con los que lo acompañaban. Pero poco después se levantó de repente un clamor, un llanto y gran alboroto por toda la casa; pues había corrido la voz de que estaba muerta. Acudió Malaquías al oír el tumulto, y lo siguieron sus discípulos. Y acercándose al lecho, cuando comprobó con certeza que había expirado, quedó consternado, imputándose a sí mismo que hubiera muerto privada de la gracia del Sacramento. Y alzando las manos al cielo dijo: «Te lo suplico, Señor, he obrado neciamente (1 Cr 21,8). Yo, yo soy quien pecó, yo que lo diferí; no ella, que lo quiso.» Dicho esto, declaró en presencia de todos que no admitiría consuelo alguno ni daría descanso a su espíritu si no le era concedido restituir la gracia que había quitado. Y de pie junto a ella, trabajó toda la noche en su gemido; y en lugar del santo óleo, bañando a la difunta con una copiosa lluvia de lágrimas, le ofrecía lo que podía en vez de la unción. Así él; y a los suyos les dijo: «Velad y orad (Mt 26,41).» Y así, ellos con salmos y él con lágrimas, pasaron la noche en vela. Y venida la mañana, escuchó el Señor a su santo, porque era el Espíritu del Señor quien pedía por él, el que intercede por los santos con gemidos inefables (Rom 8,26). ¿Qué más? La que había estado muerta abre los ojos; y, como suelen los que despiertan de un sueño pesado, frotándose con las manos la frente y las sienes, se incorpora sobre el lecho y, reconociendo a Malaquías, se inclina y lo saluda con devoción. Y trocado el luto en gozo, el asombro se apoderó de todos, de los que lo

vieron y de los que lo oyeron. También Malaquías, dando gracias, bendijo al Señor. Y no por eso dejó de ungirla, sabiendo que en este Sacramento se perdonan los pecados y que la oración de la fe salvará al enfermo (Sant 5,14-15). Después de esto él se marchó, y ella sanó; y habiendo vivido incólume algún tiempo, para que se manifestara en ella la gloria del Señor, cumplida la penitencia que Malaquías le había impuesto, se durmió de nuevo en buena confesión y partió hacia el Señor.

XXV. OTROS DIVERSOS BENEFICIOS CONCEDIDOS A DIVERSAS PERSONAS

54

Hubo asimismo una mujer a la que dominaba hasta tal punto un espíritu de ira y de furor que no solo los vecinos y parientes huían de su trato, sino que aun sus propios hijos apenas soportaban vivir con ella. Gritos, rencor y una tempestad violenta dondequiera que estuviese. Atrevida, ardiente y precipitada, temible de lengua y de mano, insoportable para todos y aborrecida. Sus hijos, doliéndose tanto por ella como por sí mismos, la llevan a rastras a la presencia de Malaquías, presentando entre lágrimas su lastimera queja. El varón santo, compadecido a la vez del peligro de la madre y del tormento de los hijos, la llama aparte y le pregunta con solicitud si se ha confesado alguna vez de sus pecados. Respondió: «Nunca.» «Confiésate», le dijo. Ella obedece. Y él, imponiendo penitencia a la que se confesaba y orando sobre ella para que el Señor omnipotente

le diera espíritu de mansedumbre, le manda en el nombre del Señor Jesús que no se aíre más. Siguió tal mansedumbre que quedó patente a todos que aquello no era otra cosa que un admirable cambio de la diestra del Altísimo (Sal 77,11). Se dice que vive todavía hoy, y que es de tanta paciencia y dulzura que la que solía exasperar a todos no puede ahora ser exasperada por daños, injurias ni aflicciones. Si también a mí se me permite, según el Apóstol, abundar en mi propio sentir (Rom 14,5), tómelo cada cual como quiera: yo juzgo que esto ha de preferirse al milagro anterior de la muerta resucitada, porque allí revivió el hombre exterior, y aquí el interior. Y ahora corramos a lo restante.

55

Un hombre honorable según el siglo y temeroso según Dios vino a Malaquías y se le quejó de la esterilidad de su alma, suplicándole que le obtuviera de Dios omnipotente la gracia de las lágrimas. Y sonriendo Malaquías, porque le era grato un deseo espiritual en un hombre seglar, juntó su mejilla con la de aquel como acariciándolo, y le dijo: «Hágase contigo como has pedido.» Desde entonces sus ojos derramaron corrientes de agua (Sal 119,136) tan copiosas y casi continuas que parecía poder aplicársele aquello de la Escritura: Fuente de los huertos, pozo de aguas vivas (Cant 4,15). Hay en Irlanda una isla del mar, desde antiguo fecunda en peces; y el mar allí es muy abundante en pesca. Por los pecados de sus habitantes, según se cree, le fue quitada la abundancia

acostumbrada, y la que tenía muchos hijos quedó extenuada (1 Sam 2,5), y se marchitó por completo, perdida tan gran fortuna suya. Mientras los moradores se dolían y la gente llevaba a mal tan grave pérdida, le fue revelado a una mujer que por las oraciones de Malaquías podía traerse remedio; y esto llegó a conocimiento de todos, porque ella misma lo divulgó. Por disposición de Dios sucedió que Malaquías se hallara presente. Pues, mientras recorría la región y la llenaba del Evangelio, se desvió hacia allí para impartir también a ellos la misma gracia. Pero aquellos bárbaros, que tenían mayor cuidado de los peces, le ruegan con toda insistencia que se digne más bien mirar la esterilidad de su isla. Él les respondió que en modo alguno había venido para eso, y que deseaba más la pesca de hombres que la de peces; pero, viendo su fe, puesto de rodillas en la orilla, oró al Señor para que no negara a quienes con tanta fe lo pedían, aunque indignos, el beneficio que antaño les había concedido. Subió la oración, y subió también la muchedumbre de peces, y tal vez más abundante que en los días antiguos; y perdura para la gente de aquella tierra hasta el día de hoy. ¿Qué tiene de extraño que la oración del justo, que penetra los cielos, penetrara los abismos y sacara del fondo del mar tan gran abundancia de peces?

56

Llegaron una vez tres obispos a la villa de Faughart, que dicen ser el lugar del nacimiento de la virgen Brígida; y el cuarto era Malaquías. El presbítero que los había recibido como hués-

pedes le dijo: «¿Qué haré, que no tengo pescado?» Y como él le respondiera que lo buscase entre los pescadores, dijo: «Hace dos años que no se hallan peces en el río; por lo cual los pescadores, del todo desalentados, han renunciado incluso a su oficio.» Y él le dijo: «Manda echar las redes en el nombre del Señor.» Así se hizo, y se pescaron doce salmones. Echaron por segunda vez, y se pescaron doce salmones. Echaron de nuevo y, pescados otros tantos, llevan a la mesa un plato inesperado, y además un milagro. Y para que constase claramente que esto se concedió por los méritos de Malaquías, también en los dos años siguientes perduró igualmente la misma esterilidad.

XXVI. DEFIENDE LA VERDAD DEL CUERPO DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

57

Hubo en Lismore un clérigo de vida recomendable, según se dice, pero no así de fe. Este, sabihondo a sus propios ojos, tuvo la osadía de decir que en la Eucaristía hay solo el sacramento y no la realidad del sacramento, es decir, una mera santificación y no la verdad del cuerpo. Amonestado sobre ello por Malaquías en secreto, y muchas veces, pero en vano, fue llamado ante una asamblea, aunque apartado de los laicos, para que, si era posible, sanara y no fuera avergonzado. Así pues, en una reunión de clérigos se le dio al hombre ocasión de responder por su opinión. Y como intentara con todas las fuerzas de su ingenio, en

el que no era poco diestro, afirmar y defender su error, disputando Malaquías en contra y convenciéndolo, vencido a juicio de todos, salió de la reunión confundido, sí, pero no corregido. Decía además que no lo había vencido la razón, sino que lo había abrumado la autoridad del obispo. «Y tú, oh Malaquías —dijo—, me has confundido hoy sin motivo, hablando ciertamente contra la verdad y contra tu propia conciencia.» Entristecido Malaquías por un hombre tan endurecido, pero doliéndose más de la injuria hecha a la fe y temiendo el peligro, convoca a la Iglesia: reprende públicamente al que yerra y públicamente lo exhorta a que se arrepienta. Como no cediera, aunque los obispos y todo el clero le persuadían lo mismo, pronuncian anatema contra el contumaz, declarándolo hereje. Ni aun así despertó, sino que dijo: «Todos favorecéis al hombre antes que a la verdad; yo no hago acepción de personas para abandonar la verdad.» Ante esta palabra, el santo, algo enojado, dijo: «Que el Señor te haga confesar la verdad, aunque sea por necesidad.» Y respondiendo él «Amén», se disolvió la reunión. Marcado con tal cauterio, medita la huida, pues no soportaba vivir infame y deshonrado. Y al punto, recogiendo sus cosas, se marchaba, cuando he aquí que, atacado por una enfermedad repentina, detiene el paso y, faltándole las fuerzas, se arroja al suelo en aquel mismo lugar, jadeante y exhausto. Por azar, un loco vagabundo que pasaba por aquel lugar topó con el hombre y le preguntó qué hacía allí. Responde que lo tiene postrado una grave enfermedad y que no puede

ni seguir adelante ni volver. Y el otro le dijo: «Esa enfermedad no es otra cosa que la muerte misma.» Pero esto no lo dijo por sí mismo (Jn 11,51); sino que el Señor, con acierto, reprendió por medio de un loco a quien no quiso ceder a los sanos consejos de los sensatos. Y añade: «Vuelve a casa; yo te ayudaré.» En fin, guiado por él, regresa a la ciudad; vuelve a su corazón y a la misericordia del Señor. En la misma hora se manda llamar al obispo, se reconoce la verdad, se abjura del error. Confesada su culpa, es absuelto, pide el Viático, se le concede la reconciliación; y casi en un mismo instante la perfidia es abjurada con la boca y lavada por la muerte. Así, con admiración de todos, se cumplió con toda presteza la palabra de Malaquías, y a la vez la de la Escritura, que dice que la vejación da entendimiento al oído (Is 28,19).

XXVII. CONCILIA ADMIRABLEMENTE LA PAZ Y LA CONCORDIA ENTRE LOS ENEMISTADOS

58

Surgió una vez una grave discordia entre los pueblos de ciertas regiones. Se acude a Malaquías para que componga la paz entre ellos; y como estaba ocupado en otros asuntos, encomienda este negocio a uno de los obispos. Como este se excusara y se negara, diciendo que habían pedido a Malaquías, no a él, que sería despreciado y que no quería fatigarse en vano, le dijo: «Ve, y el Señor estará contigo.» Y él respondió: «Accedo;

pero, si no me escuchan, sabe que apelaré a tu Paternidad.» Sonriendo Malaquías, le dijo: «Así sea.» Entonces el obispo, convocadas las partes, dicta las condiciones de la paz; ellos aceptan, se reconcilian mutuamente; dada la palabra de una y otra parte, se afianza la paz; y así los despidió. Pero una de las partes, viendo que sus enemigos, confiados ya, estaban desprevenidos, pues hecha la paz no sospechaban mal alguno, hablaban entre sí, y decía cada uno a su prójimo: «¿Qué es lo que quisimos hacer? La victoria está en nuestras manos, y la venganza de nuestros enemigos.» Y comenzaron a perseguirlos. Llegó a oídos del obispo lo que ocurría; y acudiendo, increpó a su jefe por la iniquidad y el engaño, pero fue despreciado por él. Invocó contra él el nombre de Malaquías, y no le hizo caso alguno; y burlándose del obispo le dijo: «¿Piensas acaso que por ti debemos dejar escapar a nuestros malhechores, que Dios ha entregado en nuestras manos?» Y recordó el obispo las palabras que había cruzado con Malaquías y, llorando y gimiendo, vuelto el rostro hacia su monasterio, dijo: «¿Dónde estás, hombre de Dios? ¿Dónde estás? ¿No es esto, padre mío, lo que te decía? ¡Ay, ay, vine para hacer el bien y no el mal; y he aquí que por mí perecen todos, aquellos en el cuerpo, estos en el alma!» Decía muchas cosas de este tenor, lamentándose y llorando, y, como si estuviera presente, instaba e interpelaba a Malaquías contra los malvados. Entretanto, los impíos no cesaban de perseguir, para perderlos, a aquellos con quienes habían hecho la paz; y he aquí un espíritu de mentira en la boca (1

Re 22,22) de ciertos hombres, para engañarlos. Pues les salieron al encuentro en el camino unos hombres anunciando que sus adversarios habían irrumpido en sus tierras; que todo era pasado a filo de espada, saqueados sus bienes, y que también sus mujeres e hijos eran apresados y llevados cautivos. Al oír esto, se volvieron a toda prisa. Los últimos seguían a los primeros, sin saber adónde iban ni qué había ocurrido. Pues no todos habían oído hablar a aquellos hombres. Y cuando llegaron y no encontraron nada de lo que se les había anunciado, quedaron confundidos, sorprendidos en su propia malicia. Y conocieron que habían sido entregados a un espíritu de error por causa del enviado de Malaquías, a quien habían engañado, y de su nombre, que habían despreciado. Por su parte el obispo, al oír que los traidores habían quedado burlados en la iniquidad que habían tramado, volvió con gozo a Malaquías, refiriéndole por orden todo lo que le había sucedido.

59

Sabiendo Malaquías que con semejante ocasión se había turbado la paz, hallado el tiempo oportuno, procuró restablecer de nuevo por sí mismo la paz entre ellos, y afianzarla una vez restablecida, dados y recibidos de una y otra parte la palabra y el juramento. Pero aquellos con quienes antes se había roto la paz, recordando la injuria, sin hacer caso del pacto ni del mandato de Malaquías, trataron de devolver la afrenta. Y reunidos todos a una, iban a sorprenderlos desprevenidos y a hacer recaer sobre su cabeza el

mal que ellos mismos habían pensado hacerles. Y habiendo vadeado con suma facilidad un gran río que había de por medio, quedaron detenidos por un riachuelo con que toparon no lejos de él. Pues ya no aparecía como riachuelo, sino claramente como un río enorme, que por todas partes negaba el paso a los que querían cruzarlo. Se maravillaban todos, sabiendo que ahora era tan grande y antes tan pequeño, y decían entre sí: «¿De dónde esta inundación? El cielo está sereno, no hay lluvias, ni recordamos que las haya habido hace poco. Y aunque hubiera llovido mucho, ¿quién de nosotros recuerda que jamás, en crecida alguna por grande que fuese, se hinchara tanto que cubriera la tierra e invadiera sembrados y prados? Este es el dedo de Dios (Éx 8,15), y el Señor ha cercado nuestros caminos por causa de su santo Malaquías, cuyo pacto hemos violado y cuyo mandato hemos quebrantado.» Así también estos, sin llevar a cabo su empresa, se volvieron a sus casas igualmente confundidos. Se divulgó la noticia por toda la región; y bendecían a Dios, que atrapa a los sabios en su astucia (1 Cor 3,19) y, quebrantando los cuernos de los pecadores (Sal 75,11), ensalzó el poder de su ungido (1 Sam 2,10).

60

Uno de los nobles, enemistado con el rey, fue reconciliado por mano de Malaquías. Pues no se fiaba lo bastante del rey como para hacer la paz con él si no era con la mediación de Malaquías, o de alguien a quien el rey reverenciara por igual. Y no sin razón, como después se vio. Pues, cuando

el hombre se sintió seguro y ya no se guardaba en absoluto, el rey lo apresó y lo arrojó a la cárcel, más cautivo él mismo de un odio antiguo. Los suyos reclaman al hombre de manos del mediador; pues sus amigos no esperaban otra cosa que su muerte. ¿Qué podía hacer Malaquías? No hay nada que pueda hacer, sino recurrir a aquel su acostumbrado y único refugio. Reunido un ejército fortísimo, una gran muchedumbre de sus discípulos, se presenta ante el hombre y reclama al preso; se le niega. Y Malaquías le dijo: «Obras inicuamente contra el Señor, y contra mí, y contra ti mismo, violando el pacto: si tú lo disimulas, yo no. Ese hombre se confió a mi palabra: si llega a morir, yo lo he entregado, yo soy reo de su sangre. ¿Por qué te ha parecido bien hacerme a mí traidor, y a ti prevaricador? Sabe que, hasta que sea liberado, no probaré bocado, ni tampoco estos.» Dicho esto, entra en la iglesia; con sus angustiosos gemidos y los de los suyos interpela a Dios omnipotente para que se digne librar al que injustamente fue condenado de la mano del prevaricador y del inicuo. Y aquel día y la noche siguiente perseveraron en ayuno y oración. Se le refirió al rey lo que ocurría; y su corazón se endureció más por aquello mismo con que debió ablandarse. Emprende la huida, temeroso, como hombre carnal, de que, si permanecía cerca, no pudiera resistir la fuerza de la oración. ¡Como si no pudiera encontrarlo escondido, o no alcanzarlo lejos! ¿Pones límites, desdichado, a las oraciones de los santos? ¿Es acaso la oración una flecha disparada, para que huyas ante el arco (Sal 60,6)? ¿Adónde irás lejos

del Espíritu de Dios, que la lleva, y adónde huirás de su presencia? (Sal 139,7) En fin, te persigue en tu huida y te encuentra escondido: y quedarás ciego, sin ver (Hch 13,11), para que veas mejor y entiendas que te es duro dar coces contra el aguijón (Hch 9,5). Siente, en fin, al menos ahora, que te han alcanzado las agudas saetas del poderoso (Sal 120,4); las cuales, aunque rebotaron en tu corazón, porque es de piedra, no rebotaron en tus ojos. ¡Ojalá que por las ventanas de los ojos al menos lleguen hasta el corazón, y la vejación dé entendimiento (Is 28,19) a la ceguera! Podía verse de nuevo a Saulo llevado de la mano y conducido a Ananías, es decir, al lobo ante la oveja, para que devolviera la presa (Hch 9,8-17). La devolvió, y recobró la vista, porque Malaquías era hasta tal punto oveja que se compadeció incluso del lobo. Advierte bien por estas cosas, lector, entre quiénes moraba Malaquías, qué clase de príncipes y qué clase de pueblos. ¿Cómo no fue él también hermano de los dragones y compañero de los avestruces (Job 30,29)? Y por eso le dio el Señor poder para pisar serpientes y escorpiones (Lc 10,19), para atar a sus reyes con grillos, y a sus nobles con esposas de hierro (Sal 149,8). Oye, en fin, lo que sigue.

XXVIII. AL EMPRENDER UN EDIFICIO SAGRADO SUFRE A UN ADVERSARIO, PRONTO ALCANZADO POR LA VENGANZA DIVINA

61

Aquel a quien había cedido las posesiones del monasterio de Bangor, ingrato al beneficio, desde entonces en adelante se comportó siempre con suma insolencia contra él y los suyos, hostil en todo, acechándolo en todas partes y denigrando sus actos. Pero no impunemente. Tenía un hijo único, que, imitador de su padre, atreviéndose también él a algo contra Malaquías, murió aquel mismo año. Y murió de este modo. Le pareció a Malaquías que debía construirse en Bangor un oratorio de piedra, semejante a los que había visto edificados en otras regiones. Y cuando comenzó a echar los cimientos, todos los naturales se maravillaron, porque en aquella tierra aún no se hallaban edificios semejantes. Pero aquel malvado, presuntuoso e insolente como era, no se maravilló, sino que se indignó. Y de esta indignación concibió dolor y dio a luz iniquidad (Sal 7,15). Y hecho murmurador entre el pueblo (Lev 19,16), ora denigraba en secreto, ora blasfemaba en público; tachaba la ligereza, se horrorizaba de la novedad, exageraba los gastos. Solicitando con semejantes discursos envenenados a muchos e induciéndolos a impedirlo, decía: «Seguidme, y no permitamos que se haga contra nosotros lo que no debe hacerse sino por medio de nosotros.» Así pues, con cuantos pudo persuadir, bajó al lugar y, encontrando al hombre de Dios, lo abordó, siendo él mismo el principal en hablar, como era el principio del mal: «Buen hombre, ¿qué se te ha ocurrido para introducir esta novedad en nuestras regiones? Somos irlandeses, no franceses. ¿Qué ligereza es esta? ¿Qué necesidad había

de una obra tan superflua, tan soberbia? ¿De dónde sacarás tú, pobre y menesteroso, los recursos para acabarla? ¿Quién la verá terminada? ¿Qué presunción es esta, comenzar lo que no puedes, no digo acabar, sino ni siquiera ver acabado? Aunque más propio es de un demente que de un presuntuoso intentar lo que excede la medida, vence las fuerzas y supera los recursos. Cesa, cesa, desiste de esta locura; de lo contrario, nosotros no lo permitimos, no lo toleramos.» Esto dijo, mostrando lo que quería, sin considerar lo que podía. Pues aquellos en quienes confiaba y a quienes había traído consigo, al ver al varón, cambiaron, y ya no iban con él.

62

A él el varón santo, hablando con toda libertad, le dijo: «Desdichado, la obra que ves comenzada, y envidias, sin duda será terminada; muchos la verán acabada. Pero tú, porque no quieres, no la verás; y morirás, cosa que no quieres: mira por ti, no sea que mueras en tu pecado.» Así fue: él murió, y la obra se completó; pero él no la vio, pues, como dijimos antes, murió aquel mismo año. Entretanto el padre, al oír pronto lo que el varón santo había predicho de su hijo, y sabiendo que su palabra era viva y eficaz (Heb 4,12), dijo: «Ha matado a mi hijo.» E instigado por el diablo, se encendió contra él en tal furor que no temió acusar de falsedad y mentira, ante el duque y los principales de Ulidia, a un hombre veracísimo, discípulo y amante de la verdad; y lo cubrió de injurias, llamándolo mono. Y Mala-

quías, enseñado a no devolver maldición por maldición (1 Pe 3,9), enmudeció y no abrió la boca (Sal 39,10), mientras el pecador se alzaba contra él (Sal 39,2). Pero el Señor no había olvidado la palabra que había dicho: Mía es la venganza, y yo daré el pago (Dt 32,35). Aquel mismo día, vuelto a casa el hombre, pagó la temeridad de su lengua desenfrenada, siendo vengador el mismo por cuya instigación la había soltado. El demonio lo arrebató y lo arrojó al fuego; pero pronto fue sacado de él por las manos de los presentes, abrasado, sin embargo, en una parte del cuerpo y privado de la razón. Y mientras deliraba, fue llamado Malaquías, y vino, y halló al maldiciente retorciendo la boca espumante, aterrando a todos con voces y movimientos horribles, y tan agitado en todo su cuerpo que apenas podían sujetarlo entre varios; y el varón de toda perfección, orando por su enemigo, fue escuchado, pero solo en parte. Pues al instante, mientras oraba el santo, aquel abrió los ojos y recobró el juicio. Pero le quedó un espíritu malo del Señor (1 Sam 19,9) que lo abofetease, para que aprenda a no blasfemar (1 Tim 1,20). Creemos que vive todavía y que hasta estos tiempos expía el gran pecado que cometió contra el santo; con todo, dicen que en ciertas épocas está lunático. Por lo demás, las posesiones antes mencionadas, como ya no podía retenerlas por su debilidad e inutilidad, volvieron en paz al lugar al que habían pertenecido. Y Malaquías no las rehusó, tras mucha vejación al fin, en aras de la paz.

Pero vuelva ya nuestro discurso a la obra del edificio que Malaquías había emprendido. Y en verdad Malaquías no tenía con qué, no digo acabarla, sino hacer cosa alguna. Pero su corazón tenía confianza en el Señor. Y el Señor proveyó que, aunque él no esperaba en tesoros de dinero, no le faltase el dinero. Pues ¿quién sino él hizo que se escondiera un tesoro en aquel lugar y que, escondido, no fuera hallado hasta el tiempo y la obra de Malaquías? Halló el siervo de Dios en la bolsa de Dios lo que faltaba en la suya. Y con razón. Pues ¿qué más justo que quien por Dios no tenía nada propio entrara en sociedad con Dios, y que ambos tuvieran una sola bolsa? Porque para el hombre fiel el mundo entero es de riquezas. ¿Y qué es el mundo sino una especie de bolsa de Dios? En efecto, dice: Mío es el orbe de la tierra y cuanto lo llena (Sal 50,12). De ahí que Malaquías no volviera a guardar las muchas monedas de plata halladas, sino que las empleara. Pues manda que todo el don de Dios se gaste en la obra de Dios. No considera sus necesidades ni las de los suyos, sino que descarga su preocupación en el Señor (Sal 55,23), a quien no duda que podrá recurrir cuantas veces lo pida la necesidad. Y no cabe duda de que era obra de Dios, pues Malaquías la previó por revelación de Dios. Había consultado primero con los hermanos sobre aquella obra; y muchos, por la pobreza, asentían de no muy buena gana. Por eso, inquieto y dudoso sobre lo que haría, comenzó en la oración a inquirir con vehemencia

cuál sería la voluntad de Dios. Y un día, de regreso de un viaje, cuando ya se acercaba al lugar, miró a lo lejos; y he aquí que apareció un oratorio grande, de piedra y muy hermoso. Y observando con atención el emplazamiento, la forma y la disposición, emprende con confianza la obra, tras haber contado primero la visión a los hermanos mayores, aunque a pocos. En verdad, todo lo que había notado atentamente sobre el lugar, el modo y la calidad, lo guardó con tal diligencia que, acabada la obra, lo construido se mostraba semejantísimo a lo visto, como si también él hubiera oído que se le decía con Moisés: Mira que lo hagas todo según el modelo que se te mostró en el monte (Éx 25,40). Con el mismo género de visión se le mostró también de antemano, antes de que se hiciera, lo que está situado en Saul, no solo el oratorio, sino todo el monasterio.

XXIX. BRILLA POR EL ESPÍRITU DE PROFECÍA Y POR TODA GRACIA DE MILAGROS

64

Al pasar por cierta ciudad, mientras una gran muchedumbre acudía a él, vio por casualidad entre los demás a un joven curioso por verlo. Se había subido a una piedra y, de pie sobre la punta de los dedos, con el cuello estirado, fijos en él los ojos y el ánimo, le ofrecía la imagen de un nuevo Zaqueo (Lc 19,2-9). Y no se le ocultó a Malaquías, por revelación del Espíritu Santo, que en verdad había venido con el espíritu y la virtud de Zaqueo. Sin embargo, entonces lo disimuló y pasó de

largo en silencio. Pero aquella misma noche, en la posada, contó a los hermanos cómo lo había visto y qué había previsto acerca de él. Y al tercer día, he aquí que se presenta con un noble, su señor, el cual, manifestando el voto y el deseo del joven, le rogaba que se dignara recibirlo recomendado por él y tenerlo en adelante entre los suyos. Y Malaquías, reconociéndolo, dijo: «No hace falta que un hombre recomiende a quien Dios ya ha recomendado.» Y tomándolo de la mano lo entregó a nuestro abad Congano, y este a los hermanos. El joven mismo, que vive todavía, si no me engaño, primer converso laico del monasterio de Suir, tiene el testimonio de todos de que vive santamente entre los hermanos según la Orden cisterciense. Y conocieron los discípulos que también en esto tuvo Malaquías espíritu de profecía; y no solo en esto, sino también en lo que vamos a añadir.

65

Cuando ofrecía los Sacramentos, y se le había acercado un diácono para hacer algo propio de su oficio, el sacerdote lo miró y gimió, porque había percibido que en él se ocultaba algo que no convenía. Acabado el sacrificio, interrogado en secreto sobre su conciencia, confesó y no negó (Jn 1,20) que aquella misma noche había sido burlado por un sueño. Imponiéndole penitencia, le dijo: «No debiste haber ministrado hoy, sino apartarte con vergüenza de lo sagrado y reverenciar misterios tan grandes y tan divinos, para que, purificado por esta humildad, ministraras en adelante más dignamente.» Asimismo, otra vez que celebraba

el sacrificio y oraba a la hora del sacrificio con aquella santidad y pureza de corazón que le eran habituales, al diácono que lo asistía le pareció ver una paloma que entraba por la ventana en medio de gran claridad. De ella queda bañado entero el sacerdote, con ella resplandece toda la basílica, algo oscura antes. Y la paloma, tras revolotear algún tiempo, se posa al fin sobre la cruz delante del rostro del sacerdote. Quedó atónito el diácono y, temblando por lo insólito tanto de la luz como del ave, pues esa es ave rara en la tierra, cayó sobre su rostro y, casi sin aliento, apenas se atrevía a levantarse, y solo cuando lo exigía la necesidad de su oficio. Después de la misa, llamado aparte por Malaquías, se le manda bajo pena de la vida que de ningún modo revele el secreto de lo que había visto mientras él viviera. Una vez, estando en Armagh con uno de sus coepíscopos, levantándose de noche comenzó a recorrer en oración las memorias de los santos, que son muchas en el cementerio de San Patricio; y he aquí que ven de repente arder uno de los altares. Pues ambos vieron esta gran visión, y ambos se maravillaron. Pero Malaquías, entendiendo que era señal del gran mérito de aquel, o de aquellos, cuyos cuerpos descansaban bajo aquel altar, corrió y, metiéndose en medio de las llamas, abrazó con los brazos extendidos el sagrado altar. Qué hizo allí o qué sintió, no hay nadie que lo sepa; pero que salió de aquel fuego más encendido que de ordinario en fuego celestial, creo que no hay ninguno de los hermanos que entonces estaban con él que lo ignore.

66

Estas cosas se han dicho, pocas ciertamente entre muchas, pero muchas para estos tiempos. Pues no son estos tiempos de prodigios, según aquello: No hemos visto nuestras señales; ya no hay profeta (Sal 74,9). De donde aparece con bastante claridad cuán grande fue en méritos mi Malaquías, que tanto abundó en prodigios, y en tan gran escasez de ellos. Pues ¿en qué género de los milagros antiguos no brilló Malaquías? Si consideramos bien lo poco que se ha dicho, no le faltó profecía, ni revelación, ni castigo de los impíos, ni gracia de curaciones, ni cambio de las almas, ni, en fin, resurrección de muertos. Bendito sea Dios en todo, que así lo amó y lo adornó, que lo engrandeció en presencia de los reyes y le dio una corona de gloria. El amor se prueba en los méritos, el adorno en los prodigios, el engrandecimiento en el castigo de los enemigos, la glorificación en la retribución de los premios. Tienes en Malaquías, diligente lector, algo que admirar, y tienes también algo que imitar. Ahora atiende con empeño a lo que de esto has de esperar. Pues el fin de todo ello es una muerte preciosa (Sal 116,15).

XXX. PREDICE EL LUGAR Y EL DÍA DE SU MUERTE, Y POR CAUSA DEL PALIO EMPRENDE DE NUEVO EL VIAJE HACIA EL PAPA EUGENIO

67

Preguntado una vez en qué lugar, si se le diera a escoger, preferiría pasar su último día (pues los

hermanos se preguntaban entre sí cuál elegiría cada uno), vacila y no responde. Como ellos insistieran, dijo: «Si parto de aquí, en ninguna parte más a gusto que donde pueda resucitar junto con nuestro Apóstol.» Se refería a san Patricio. «Si he de peregrinar, y Dios así lo permite, he elegido Claraval.» Preguntado asimismo por el tiempo, respondió que el día solemne de todos los fieles difuntos. Si se lo tiene por simple deseo, se cumplió; si por profecía, no pasó ni una iota (Mt 5,18). Como lo oímos, así lo vimos, tanto del lugar como del día. Digamos brevemente en qué orden y con qué ocasión sucedió esto. Llevaba muy a mal que Irlanda hubiera carecido hasta entonces del palio, como celoso que era de los sacramentos, de ninguno de los cuales quería que su pueblo quedase en absoluto privado. Y recordando que se lo había prometido el papa Inocencio, se entristecía tanto más de que, mientras este vivió todavía, no se hubiera enviado a nadie a pedirlo. Y aprovechando la ocasión de que el papa Eugenio tenía el supremo gobierno y se anunciaba que por aquel tiempo había llegado hasta Francia, se alegró de haber hallado la oportunidad de pedirlo. Confiaba en él, como en hombre de tales cualidades y tomado de tal profesión; y más todavía, porque había sido hijo especial de su Claraval, no temía encontrar ante él dificultad alguna. Así pues, se convoca a los obispos, se reúne un concilio; tratadas durante tres días las cuestiones que urgían en aquel tiempo, al cuarto se propone el designio de solicitar el palio. Se aprueba, pero a condición de que se solicite por medio de otro. Sin embargo,

como el camino parecía más corto, y por ello más llevadera la peregrinación, no hubo quien se atreviera a oponerse a su parecer y voluntad. Y Malaquías, disuelto el concilio, emprende el viaje. Los hermanos que se habían reunido lo acompañan hasta la costa, aunque no muchos, porque él mismo lo prohibía. Uno de ellos, llamado Catholicus, le dijo con voz y rostro llorosos: «¡Ay, te vas, y no ignoras en qué tormento casi diario me dejas, y no me socorres compadecido de mí! Si yo merezco padecer, ¿en qué pecaron los hermanos, a quienes apenas se les permite tener un día o una noche libres de tan trabajoso cuidado y vigilancia de mi persona?» Ante estas palabras y lágrimas del hijo (pues lloraba), se conmovieron las entrañas paternas, y lo abrazó con ternura y, trazándole sobre el pecho la señal de la cruz, le dijo: «Ten por cierto que nada semejante padecerás hasta que yo vuelva.» Era epiléptico y caía con frecuencia, de modo que a veces lo padecía no una sino muchas veces al día. Seis años llevaba ya padeciendo esta horrible enfermedad; pero a la palabra de Malaquías sanó perfectamente. Desde aquella hora no ha padecido nada semejante; y nada semejante, según confiamos, padecerá en adelante, ya que Malaquías no ha de volver.

68

En el momento mismo de subir a la nave se le acercan dos de los que le eran más allegados, atreviéndose a pedirle algo. Él les dijo: «¿Qué queréis?» «No lo diremos —responden— si no prometes concederlo.» Lo promete. Y ellos dije-

ron: «Queremos que tu dignación nos prometa con certeza que volverás incólume a Irlanda.» E insistían también todos los demás. Entonces él, deliberando un momento, al principio se arrepintió de haberse comprometido, sin hallar por dónde salir. Angustias por todas partes (Dn 13,22), pues nada se le ocurría que estuviera a salvo de uno u otro peligro, es decir, del de su deseo o del de su promesa. Al fin le pareció que debía elegirse más bien lo que de momento urgía más, y encomendar lo demás a la disposición de lo alto. Asintió, triste ciertamente; pero más aún no quiso entristecerlos; y prometiéndoles lo que querían, subió a la nave. Y cuando ya habían recorrido casi la mitad de la travesía, de repente un viento contrario rechaza la nave y la devuelve a tierra de Irlanda. Bajando de la nave, pasó la noche en el mismo puerto, en una iglesia suya. Y, alegre, dio gracias al designio de la divina providencia, por el cual había sucedido que ya hubiera cumplido su promesa. Pero a la mañana, embarcando, hizo aquel mismo día la travesía con rumbo próspero y llegó a Escocia. Al tercer día llegó al lugar que llaman Lago Verde, que había hecho preparar para establecer allí una abadía. Y dejando allí a algunos de sus hijos, hermanos nuestros, una comunidad de monjes con su abad (pues los había traído consigo para esto mismo), se despidió de ellos y partió.

69

Y al pasar, le salió al encuentro el rey David, que lo recibió con gozo y lo retuvo algunos días; y

habiendo hecho muchas cosas agradables a Dios, reanudó el viaje comenzado. Y atravesando Escocia, a la entrada misma de Inglaterra se desvió a la iglesia de Guisborough, donde moran varones religiosos que llevan vida canonical, amigos suyos de antiguo por su piedad y honradez. Allí le trajeron a una mujer que padecía la enfermedad que el vulgo llama cáncer, horrible incluso a la vista; y la sanó. Pues cuando se rociaron los lugares de las úlceras con agua que él había bendecido, no sintió dolor. Y al día siguiente apenas se veían las úlceras. Partiendo de allí, llegó al mar; pero se le niega el paso. La causa, si no me engaño, fue cierta desavenencia surgida entre el sumo pontífice y el rey de Inglaterra, por la que el rey sospechaba no sé qué mal de aquel buen hombre si cruzaba; pues tampoco dejaba pasar a otros obispos. Este impedimento, aunque fue contrario a la voluntad de Malaquías, no lo fue a su deseo. Se dolía de verse demorado en su deseo, sin saber que precisamente así había de cumplirse. Pues si hubiera cruzado en seguida, habría tenido que pasar de largo también por Claraval para seguir al sumo pontífice. Pues este ya se había marchado y estaba en Roma, o cerca de Roma. Pero así, interponiéndose la demora, sucedió que, cruzando más tarde, llegara oportunamente al lugar y a la hora de su santísima muerte.

XXXI. VIENE DE NUEVO A CLARAVAL, PARA MORIR EN EL LUGAR Y EL TIEMPO QUE HABÍA DESEADO

70

Fue recibido por nosotros como verdadero Sol naciente que nos visita desde lo alto (Lc 1,78), aunque viniendo de Occidente. ¡Oh, cuánto acrecentó nuestra Claraval aquel sol de claridad que la iluminaba! ¡Qué alegre día de fiesta amaneció para nosotros a su llegada! Este es el día que hizo el Señor: ¡cuánto se exultó y se gozó en él (Sal 118,24)! ¡Con qué rapidez y con qué saltos, aunque tembloroso y débil, salí yo mismo al punto a su encuentro! ¡Con qué gozo me lancé a besarlo! ¡Con qué brazos jubilosos abracé la gracia que se me enviaba del cielo! ¡Con qué rostro y ánimo gozosos, padre mío, te introduje en la casa de mi madre y en la alcoba de la que me engendró (Cant 3,4)! ¡Qué días de fiesta pasé después contigo, aunque pocos! ¿Y qué fue él para nosotros a su vez? Ciertamente nuestro peregrino se mostraba alegre, afable con todos, increíblemente grato a todos. ¡Qué bueno y qué agradable (Sal 133,1) huésped fue entre aquellos a quienes había venido a ver nada menos que desde los confines de la tierra (Mt 12,42), no para oír a un Salomón, sino para mostrarlo! En fin, oímos su sabiduría, tuvimos su presencia, y la tenemos. Habían transcurrido ya cuatro o cinco días de esta fiesta nuestra cuando he aquí que, el día solemne del bienaventurado Lucas evangelista, tras celebrar la misa conventual con aquella su santa devoción, fue atacado por la fiebre y cayó en cama; y nosotros todos con él. El duelo ocupa el término de nuestro gozo (Prov 14,13), aunque más templado, porque entretanto la fiebre parecía bastante leve. Hubieras visto a los hermanos

ir y venir, ávidos de dar o de recibir. ¿A quién no le era dulce verlo? ¿A quién no le era más dulce servirle? Ambas cosas eran suaves, ambas saludables. Era cosa de humanidad prestarle servicio, y de provecho para cada uno, pues sacaba de ello gracia. Todos lo asistían, todos andaban solícitos en continuo servicio: buscar medicinas, aplicar fomentos, instarle a menudo a que tomase algo. Él les decía: «Esto es en vano; pero por amor a vosotros hago cuanto me mandáis.» Pues sabía que era inminente el tiempo de su partida.

71

Y como los hermanos que habían venido con él insistieran con más confianza, diciendo que no debía desesperar de la vida, pues no aparecía en él señal alguna de muerte, dijo: «Este año Malaquías ha de salir del cuerpo.» Y añade: «Mirad que se acerca el día que, como sabéis muy bien, he deseado siempre que fuera el día de mi disolución. Sé de quién me he fiado, y estoy seguro (2 Tim 1,12); no se me privará de lo que resta de mi deseo, pues ya tengo una parte. El que por su misericordia me condujo al lugar que pedí no me negará el término que igualmente quise. En cuanto a este pobre cuerpo, aquí está mi descanso (Sal 132,14); en cuanto al alma, el Señor proveerá, que salva a los que esperan en él. Y no es poca la esperanza que tengo puesta en aquel día en que tantos beneficios se dispensan a los muertos por parte de los vivos.» Y no estaba lejos aquel día cuando hablaba así. Entretanto pide que lo unjan con el santo óleo. Cuando la comunidad

de los hermanos salía para que se hiciera con solemnidad, no consintió que subieran donde él estaba: él mismo bajó hasta ellos. Pues yacía en la estancia alta de la casa. Es ungido y, recibido el Viático, encomendándose a las oraciones de los hermanos y encomendando a los hermanos a Dios, vuelve a su lecho. Bajaba de la alta estancia por su propio pie, y por su propio pie volvía a subir; y decía que la muerte estaba a las puertas. ¿Quién creería que este hombre iba a morir? Solo él y Dios podían saberlo. No parecía su rostro más pálido ni más enjuto; ni la frente arrugada, ni los ojos hundidos, ni la nariz afilada, ni los labios contraídos, ni los dientes resecos, ni el cuello consumido y delgado, ni los hombros encorvados, ni la carne consumida en el resto del cuerpo. Tal era la gracia de su cuerpo, y tal la gloria de su rostro (2 Cor 3,7), que no se desvanece, ni siquiera en la muerte. Tal como fue mientras vivió, así apareció también muerto, más semejante a un vivo.

72

Hemos corrido hasta aquí; pero ahora nos detenemos, porque Malaquías ha terminado su carrera (2 Tim 4,7). Él se detiene, y nosotros nos detenemos igualmente con él. Por lo demás, ¿quién correría de buen grado hacia la muerte? Sobre todo la tuya, padre santo: ¿quién podría referirla? ¿Quién querría oírla? Y sin embargo nos amamos en vida; en la muerte no seremos separados. Hermanos, no abandonemos en la muerte a aquel a quien hemos seguido en la vida. Desde la lejana Escocia corrió él hasta aquí hacia la

muerte: vayamos también nosotros y muramos con él (Jn 11,16). Es preciso, es preciso contar lo que fue necesario ver. Llegaba la fiesta de Todos los Santos, celebrada en todas partes; pero, según la antigua sentencia, música en el luto es relato inoportuno (Eclo 22,6). Allí estamos, cantamos, aunque a pesar nuestro. Llorando cantamos, y cantando lloramos. Malaquías, aunque no canta, tampoco llora: pues ¿por qué había de llorar quien se acerca al gozo? A nosotros, que quedamos, nos queda el llanto: solo Malaquías celebra la fiesta. Pues lo que no puede con el cuerpo lo hace con el espíritu, como está escrito: El pensamiento del hombre te alabará, y los restos del pensamiento te celebrarán fiesta (Sal 76,11). Faltándole el instrumento del cuerpo, callado el órgano de la boca, cesando el oficio de la voz, solo le queda celebrar la solemnidad con el júbilo del alma. ¿Por qué no había de celebrar la solemnidad un santo que es conducido a la solemnidad de los santos? Les tributa lo que pronto se le deberá a él. Un poco más, y él mismo es uno de ellos.

73

Al caer la noche, cuando de algún modo habíamos concluido la celebración del día, Malaquías se había acercado, no al crepúsculo, sino a la aurora. ¿No es aurora para aquel para quien la noche ha pasado y el día se ha acercado (Rom 13,12)? Así pues, al arreciar la fiebre, comenzó a brotarle de lo íntimo, ardiente, un sudor por todo el cuerpo, para que, como pasando por el fuego y el agua, fuera sacado al refrigerio (Sal 66,12). Ya

se desespera de su vida, ya cada cual reprueba su propio juicio, ya nadie duda de que prevalece la sentencia de Malaquías. Se nos llama; acudimos. Y él, alzando los ojos hacia los presentes, dijo: «Con ansia he deseado comer esta pascua (Lc 22,15) con vosotros. Doy gracias a la bondad del cielo: no se me ha privado de mi deseo.» ¿Ves a un hombre seguro en la muerte y, sin estar aún muerto, cierto ya de la vida? Y no es de extrañar. Viendo que llegaba la noche que había esperado, y que en ella amanecía para él, parece, como triunfando de la noche, insultar a las tinieblas y decir en cierto modo: «Ya no diré: Quizá las tinieblas me pisotearán, porque esta noche es mi luz en mis delicias (Sal 139,11).» Y consolándonos con dulzura, dijo: «Tened cuidado de mí; yo, si se me permite, no me olvidaré de vosotros. Y se me permitirá. He creído en Dios, y todo es posible para el que cree (Mc 9,23). He amado a Dios; os he amado a vosotros; y la caridad nunca pasa (1 Cor 13,8).» Y alzando la vista al cielo, dijo: «Oh Dios, guárdalos en tu nombre (Jn 17,11); y no solo a ellos, sino también a todos los que por mi palabra (Jn 17,20) y mi ministerio se han consagrado a tu servicio.» Luego, imponiendo las manos a cada uno y bendiciendo a todos, manda que vayan a descansar, porque aún no había llegado su hora (Jn 7,30).

74

Nos vamos; volvemos hacia la medianoche: pues a esa hora se anuncia que la luz brilla en las tinieblas (Jn 1,5). Se llena la casa; está presente

toda la comunidad, y también muchos abades que se habían reunido. Con salmos, himnos y cánticos espirituales (Col 3,16) acompañamos al amigo que regresa a la patria. En el año cincuenta y cuatro de su edad, en el lugar y en el tiempo que había escogido de antemano y predicho, Malaquías, obispo y legado de la santa Sede Apostólica, como tomado de nuestras manos por los ángeles, se durmió felizmente en el Señor. Y verdaderamente se durmió. Su rostro apacible fue indicio de un tránsito apacible. Y ciertamente los ojos de todos estaban fijos en él; sin embargo, nadie pudo advertir cuándo partió. Muerto, se le creía vivo, y vivo, muerto: tan nada medió que distinguiera lo uno de lo otro. La misma viveza del rostro, la misma serenidad, como suele aparecer en quien duerme. Dirías que la muerte no se había llevado nada de esto, sino que más bien lo había acrecentado mucho. Él no se mudó, sino que mudó a todos. De modo admirable se aquietan de pronto el llanto y los gemidos de todos: la tristeza se trueca en gozo, el canto destierra el lamento. Es sacado, las voces suben al cielo, es llevado al oratorio a hombros de abades. Venció la fe, triunfa el afecto, las cosas vuelven a su estado: todo se hace con orden, todo procede con razón.

75

Y en verdad, ¿qué razón hay para llorar a Malaquías sin medida, como si su muerte no fuera preciosa (Sal 116,15), como si no fuera más sueño que muerte, como si no fuera puerto de la muerte

y puerta de la vida? Malaquías, nuestro amigo, duerme (Jn 11,11), ¿y he de llorar yo? Este llanto se ampara en la costumbre, no en la razón. Si el Señor ha dado el sueño a su amado, y tal sueño, en el que está la heredad del Señor, los hijos, la recompensa, el fruto del vientre (Sal 127,2-3), ¿cuál de estas cosas parece imponer el llanto? ¿He de llorar yo a quien escapó del llanto? Él salta de júbilo, él triunfa, él ha sido introducido en el gozo de su Señor (Mt 25,21); ¿y he de llorarlo yo? Deseo estas cosas para mí; no se las envidio a él. Entretanto se preparan las exequias: se ofrece por él el sacrificio; todo se cumple según la costumbre con suma devoción. Estaba a lo lejos un muchacho al que le colgaba del costado un brazo muerto, que le era más estorbo que provecho. Al saberlo, le hice señas de que se acercara; y tomando la mano seca, la puse sobre la mano del obispo, y esta le devolvió la vida. Pues vivía en el muerto la gracia de curaciones; y su mano fue para la mano muerta lo que Eliseo para el hombre muerto (2 Re 13,21). Aquel muchacho había venido de lejos, y la mano que había traído colgando la llevó sana a su patria. Cumplido ya todo debidamente, es sepultado en el mismo oratorio de santa María, Madre de Dios, en el que Malaquías se complació, el año de la Encarnación del Señor de mil ciento cuarenta y ocho, el cuarto día antes de las nonas de noviembre. Tuyo es, buen Jesús, el depósito que se nos ha confiado; tuyo el tesoro que se guarda entre nosotros. Lo guardamos para devolverlo en el tiempo en que juzgues oportuno reclamarlo: solo que no salga sin sus compañeros, sino que

tengamos por guía al que tuvimos por huésped, para reinar contigo y con él igualmente por los siglos de los siglos. Amén.